



Organizando el descontento: movilizaciones de desocupados en la Argentina y Chile durante las reformas de mercado

Author(s): Andrés R. Schipani

Source: *Desarrollo Económico*, Vol. 48, No. 189 (Apr. - Jun., 2008), pp. 85-118

Published by: [Instituto de Desarrollo Económico y Social](#)

Stable URL: <http://www.jstor.org/stable/27667826>

Accessed: 01/08/2013 11:44

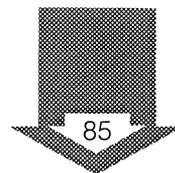
Your use of the JSTOR archive indicates your acceptance of the Terms & Conditions of Use, available at <http://www.jstor.org/page/info/about/policies/terms.jsp>

JSTOR is a not-for-profit service that helps scholars, researchers, and students discover, use, and build upon a wide range of content in a trusted digital archive. We use information technology and tools to increase productivity and facilitate new forms of scholarship. For more information about JSTOR, please contact support@jstor.org.



Instituto de Desarrollo Económico y Social is collaborating with JSTOR to digitize, preserve and extend access to *Desarrollo Económico*.

<http://www.jstor.org>



ORGANIZANDO EL DESCONTENTO: MOVILIZACIONES DE DESOCUPADOS EN LA ARGENTINA Y CHILE DURANTE LAS REFORMAS DE MERCADO*

ANDRÉS R. SCHIPANI**

I. Introducción

Este artículo tiene como propósito indagar en las causas que promovieron la intensa movilización de los desocupados en la Argentina en el contexto del alto nivel de desempleo que ha caracterizado al país desde los años noventa. Entendemos que lejos de existir una causalidad directa entre situaciones de privación material y movilización, otros factores adicionales deben intervenir para que el descontento de los sujetos afectados se traduzca en un despliegue de acciones disruptivas. Entre ellos, el presente estudio procura resaltar el rol que desempeñan los activistas políticos en la provisión de recursos e incentivos fundamentales para la gestación de la protesta social¹.

En los últimos años, el estudio de las organizaciones piqueteras se ha mostrado como un prolífico campo de investigación, que cubre desde sus estructuras y re-

* Quisiera agradecer a Juan Carlos Torre por sus sugerencias y comentarios a distintas versiones de este artículo. Además, agradezco a Mariana Bozetti, Gabriela Delamata, Sebastián Etchemendy, Candelaria Garay, Carlos Gervasoni, Valeria Landi, María Victoria Murillo, Marcos Novaro y Darío Rodríguez por los comentarios formulados a versiones anteriores de este trabajo, así como también a los dos comentaristas anónimos de esta revista. Federico Fuchs colaboró generosamente en el trabajo de campo y la discusión de las principales hipótesis.

** Universidad Torcuato Di Tella – CONICET [Departamento de Ciencia Política, UDT/ Miñones 2177/ 1428, Buenos Aires/ 5169-7163/ E-mail: <aschipani@utdt.edu>]

¹ Esta investigación se basa, para el caso argentino, en entrevistas en profundidad a dirigentes de organizaciones de desocupados, trabajo de campo en locales de distintas agrupaciones y fuentes periodísticas. Realizamos 30 entrevistas en profundidad a dirigentes de 13 organizaciones de distinto rango. La cantidad de entrevistados por organización estuvo ponderada en relación con la cantidad de afiliados y su poder de movilización. Por añadidura, hemos dividido a este contingente entre un colectivo denominado 'iniciadores', integrado por 22 entrevistados, que corresponde a dirigentes involucrados en la creación de organizaciones nacionales de desocupados o de sus secciones locales; y aquellos otros que, siendo inicialmente simples vecinos de los barrios visitados, fueron reclutados y posteriormente ascendidos por sus organizaciones de pertenencia. A su vez, asistimos a asambleas y visitamos comedores comunitarios de dos importantes organizaciones piqueteras en las localidades de La Matanza y Berazategui. Para el caso chileno, recurrimos a fuentes secundarias de dos tipos: por un lado, hicimos uso de la vasta bibliografía escrita sobre el fenómeno. Por el otro, recurrimos a transcripciones de entrevistas realizadas a dirigentes comunitarios y activistas políticos durante el período por otros autores. Para más información, ver 'Anexo Metodológico' en Schipani 2006.

pertorios de acción colectiva², su relación con otros procesos de organización barrial³, la gravitación de los planes sociales en la consolidación de las organizaciones⁴, hasta los sentidos atribuidos por los partícipes de las movilizaciones⁵. Sin embargo, la cuestión acerca de sus condiciones de origen presenta aún numerosos interrogantes. Diversos trabajos contienen hipótesis al respecto; no obstante, carecemos de estudios que exploren *de forma sistemática* las causas de la irrupción en la escena política argentina de un colectivo otrora inexistente: las organizaciones de desocupados⁶.

Con el propósito de explorar este interrogante, haremos un contrapunto con el caso chileno entre los años 1974 y 1990⁷. Junto con la Argentina, Chile se ha destacado por la radicalidad de las reformas estructurales implementadas, que se tradujeron en las tasas de desocupación más elevadas de toda América Latina⁸. Durante la primera década del proceso de liberalización económica, en ambos casos se consolidaron compactos bloques de poder conformados por élites estatales y clases propietarias, los que se mostraron ostensiblemente adversos a la protesta social. En términos de sus trayectorias comparten, además, sugestivas similitudes: a una primera fase de lanzamiento y consolidación de profundas reformas de mercado, sobrevino una segunda etapa signada por agudas recesiones económicas e intensos ciclos de movilización popular⁹. En ambos países, el epicentro de estas protestas se situó en los barrios periféricos, y sus protagonistas fueron legiones de desocupados y trabajadores informales que emergieron desde el anonimato de los suburbios para marcar el ritmo del conflicto social en los años posteriores¹⁰.

Más allá de estas semejanzas, existieron notorias diferencias a uno y otro lado de la cordillera: mientras en la Argentina las protestas fueron *frecuentes y prolongadas en el tiempo* a partir del séptimo año del período estudiado (1990-2005), en Chile las movilizaciones de los desocupados no sólo se mostraron *menos frecuentes* durante los momentos álgidos de la protesta, sino que tuvieron lugar durante un *período más limitado*. Identificar las causas de estas dispares trayectorias es otro objetivo central del presente estudio.

² Svampa y Pereyra 2003, Delamata 2004.

³ Cerutti y Grimson 2005, Svampa y Pereyra 2003.

⁴ Garay 2007.

⁵ Delamata 2005, Quirós 2006.

⁶ Una excepción al respecto lo constituye el reciente estudio de Candelaria Garay (2007).

⁷ En rigor, comparamos la movilización de los cesantes en las zonas metropolitanas de Santiago de Chile y Buenos Aires, lo cual se justifica tanto por la amplia concentración de habitantes que ambas agrupan en relación al resto del país, así como por la centralidad que allí adquirieron las protestas de desocupados.

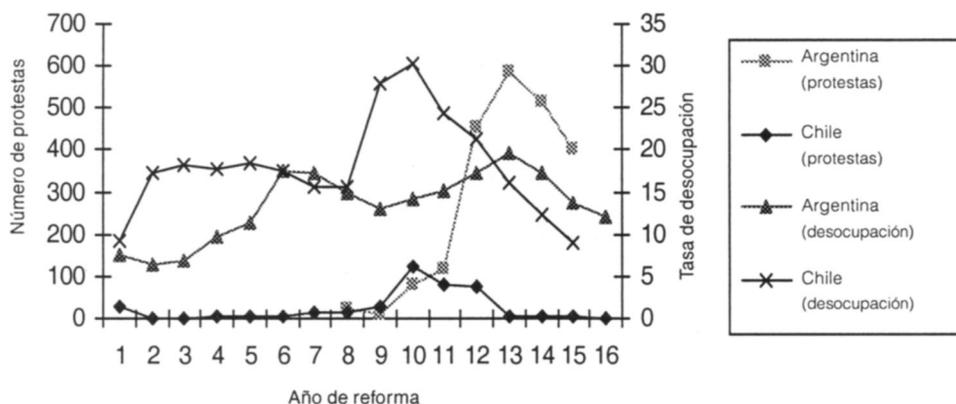
⁸ Mientras en Chile la tasa promedio de desocupación entre 1975 y 1988 fue del 18,7%, en la Argentina la tasa promedio fue del 13,34% para el período 1990-2005. Datos elaborados a partir de Raczyński y Romaguera 1995 y EPH del INDEC.

⁹ En la Argentina, el programa de reformas económicas fue lanzado en 1990 por Carlos Menem (1989-1999). Tras un breve episodio recesivo en 1995, el final de su mandato coincidiría con el inicio de una profunda recesión económica que culminaría en un importante ciclo de movilización popular durante los años 2001-2002. En el caso de Chile, las reformas neoliberales fueron lanzadas en 1974 bajo los auspicios del régimen autoritario de Augusto Pinochet (1973-1990). En 1981 estallaría una aguda crisis económica que desató una intensa sucesión de protestas que se prolongarían hasta 1986.

¹⁰ Ciertamente en la Argentina las protestas de los desocupados tuvieron una dimensión subnacional que no existió en Chile, principalmente en las *company towns* petroleras del sur y norte del país. Sin embargo, la gravitación de las organizaciones piqueteras en el mapa político nacional, así como también su carácter de organizaciones masivas, vinieron dadas por su implantación en el aglomerado urbano que rodea a la ciudad de Buenos Aires. Para un tratamiento de dicha dimensión, ver Svampa y Pereyra 2003.

GRAFICO 1

Protestas de desocupados durante el período de reformas*
Año 1: Argentina (1990), Chile (1974)



* Datos concernientes a la actividad de protesta en las áreas metropolitanas de Buenos Aires y Santiago de Chile.

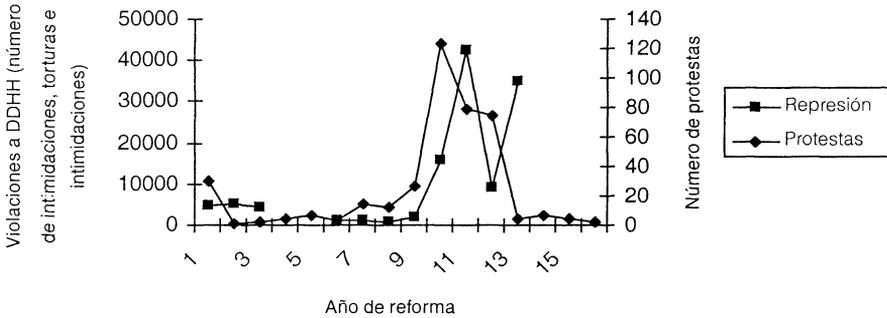
Fuentes: Número de protestas a partir de Foweraker y Landman (1997), Hipsher (1994), datos del Centro de Estudios para la Nueva Mayoría y de la Secretaría de Seguridad Interior, Ministerio del Interior, Argentina. Índices de desocupación a partir de Raczynski y Romaguera (1995) y datos del Indec.

Ahora bien, el evidente contraste entre los regímenes políticos de ambos países durante el proceso de reformas coloca de inmediato en el centro del debate la relación entre represión y protesta. En efecto, bien podría argumentarse que fue el carácter represivo del régimen comandado por Augusto Pinochet (1973-1990) el factor determinante del desarrollo inacabado de la movilización territorial en Chile. Lejos estamos de negar el impacto negativo que el contexto autoritario tuvo sobre dicha actividad. Sin embargo, entendemos que la evidencia existente resulta insuficiente para hacer de esa variable la principal causa del limitado desarrollo de la protesta. Veamos.

Comencemos por señalar que, a partir de esa interpretación, cabría esperar que la movilización disminuyera a medida que la intensidad de la represión estatal fuera en aumento. Empero, y como se desprende de los datos exhibidos en el Gráfico 2, la evolución de estas variables para el caso chileno no autoriza dicha explicación. En primer lugar, entre los años 1983 y 1985 se asistió a una intensificación exponencial de los controles represivos que se vio acompañada por un aumento significativo de la actividad de protesta¹¹. Esta paradoja de la acción represiva en contextos autoritarios ya ha sido señalada por autores como Brockett, quien ha mostrado que el empleo abierto de la coerción puede conducir a una escalada en el nivel

¹¹ Aun cuando las cifras de represión se refieren al nivel total de detenciones, torturas e intimidaciones, diversos analistas coinciden en señalar que el grueso de esta represión estuvo dirigida a los agentes de movilización más dinámicos de los años ochenta, las organizaciones territoriales. Así, Arriagada señala que el aumento en el número de arrestos durante mediados de los años ochenta "tuvo como intención crear un clima general de miedo en las poblaciones", destacando asimismo que la mayor parte de los participantes de las protestas arrestados eran pobladores. Ver Arriagada 1987, citado en Hipscher 1994.

GRAFICO 2
Chile: relación entre niveles de protesta y represión



Fuentes: Elaboración propia a partir de Foweraker y Landman (1997) y Hipscher (1994).

de protestas¹². La explicación radica en que, bajo ciertas circunstancias, la coerción se convierte en un motivo de reclamación adicional, lo que despierta poderosos sentimientos de ira y solidaridad que potencian la acción colectiva¹³. Por otro lado, afirmar una relación lineal entre represión y protesta se vuelve problemático cuando constatamos que, al compás de la considerable apertura política promovida por la transición democrática chilena desde 1987, no se registró reactivación alguna de la movilización territorial. Como lo atestiguan otros procesos de transición en América Latina, los ciclos de protesta popular se explican más por las estrategias de las élites político-partidarias que por el nivel de represión existente¹⁴.

Una segunda explicación de la dinámica contrastante de la movilización en la Argentina y Chile podría radicar en las diferentes políticas sociales de los gobiernos¹⁵. Ante los alarmantes índices de desocupación registrados, las autoridades de ambos países lanzaron sendos planes de emergencia ocupacional con el propósito de neutralizar el clima de agitación del ingente ejército de desempleados¹⁶. Sin em-

¹² Brockett 2005.

¹³ *Ibidem*. Para otros estudios que discuten la existencia de una relación inversa entre protesta y represión, ver Davenport, Johnston y Muller 2005.

¹⁴ Ver Brockett 2005 para el caso de Centroamérica durante los años setenta y ochenta. En su investigación, el autor registra cómo los movimientos sociales reanudan su actividad de protesta tras violentas y extensas acciones represivas por parte de los regímenes militares de esos países.

¹⁵ Diversos autores mencionan la exigua política social desplegada en la Argentina como una de las causas detrás del fenómeno piquetero. Ver Garay 2007, Svampa y Pereyra 2003, Delamata 2004.

¹⁶ En la Argentina, el gobierno de Menem lanzó en 1996 el Plan Trabajar, destinado a la consecución de proyectos comunitarios tendientes al mejoramiento de la infraestructura o 'calidad de vida' local, mediante la contratación de trabajadores desempleados. Estos proyectos podían ser presentados y gestionados tanto por parte de los gobiernos municipales, como de ONG. En 2002 este programa fue reemplazado por el Plan Jefes y Jefas de Hogar. En Chile, en 1975 se lanzó el Programa de Empleo Mínimo (PEM), destinado también al mejoramiento del ámbito local a través de la contratación de mano de obra desocupada para desarrollar desde emprendimientos productivos hasta la construcción de infraestructura. La mayor parte de estos programas eran regenteados por las municipalidades, aun cuando podían también ser administrados por organizaciones de la sociedad civil. En 1982 fue complementado por el Programa de Ocupación para Jefes de Hogar (POJH). Ver Ruiz-Tagle y Urmeneta 1984.

bargo, a pesar de que en Chile se apeló a una asistencia social más generosa, los mayores índices de desocupación allí registrados dejarían sin cobertura estatal a una legión igualmente nutrida de cesantes. En consecuencia, el universo potencial de desocupados en condiciones de ser movilizado por fuera de las redes clientelistas era semejante¹⁷. Alternativamente, se ha señalado que el diseño de los planes sociales implementados en la Argentina, que incluyeron su gestión directa por parte de organizaciones sociales, otorgó poderosos incentivos selectivos a las bases para cerrar filas en torno a dichas organizaciones¹⁸. Sin que ello importe negar la relevancia de esta dimensión, es preciso destacar dos cuestiones: en primer lugar, también en Chile las organizaciones de la sociedad civil tuvieron la posibilidad de administrar planes de emergencia ocupacional¹⁹ e, inclusive, hubo entre ellas agrupaciones de cesantes de filiación comunista, lo cual es indicativo, por añadidura, de las posibilidades de avanzar acciones reivindicativas aún en el estrecho espacio del régimen autoritario. En segundo lugar, aun cuando es cierta la contribución de los planes sociales a la consolidación de las organizaciones piqueteras, todavía permanecen velados los mecanismos a través de los cuales éstas lograron reunir y mantener en movimiento a una 'masa crítica' inicial de desocupados, en un nivel como para forzar a las autoridades a entregar dichos recursos en primer término.

Si el régimen político y la política social no logran explicar de forma acabada las dinámicas contrastantes de la movilización territorial en Argentina y Chile, ¿cómo dar cuenta entonces de estas dispares trayectorias?

Nuestra hipótesis es que la existencia de tan disímiles derroteros estuvo en función del distinto rol representado por los activistas políticos. Al respecto, proponemos una distinción entre dos tipos de agentes organizadores de los pobres urbanos: los activistas políticos, por un lado, y los liderazgos vecinales y comunitarios, por el otro. Estas diferencias gravitarán en el devenir de la protesta y volveremos sobre ellas más adelante. Por ahora, sostendremos que las intervenciones de los activistas exhibieron una efectividad dispar en los dos países, que puede explicarse por dos factores: 1) *el desarrollo previo de la autoorganización barrial* (y así, la existencia o ausencia de liderazgos vecinales o comunitarios en condiciones de disputarle las lealtades de los desocupados), y 2) *el lugar ocupado por sus lealtades políticas de referencia*²⁰ *en el sistema político*.

En cuanto al primero de los elementos señalados, argumentaremos que el desarrollo previo de una trama de organizaciones comunitarias, dificultando la inserción de los activistas políticos en el territorio, limitó en último término la magnitud de los apoyos recabados para su actividad de movilización. A la postre, esto se tradujo en un número reducido de protestas. En este sentido, el caso chileno ilustra bien las encendidas

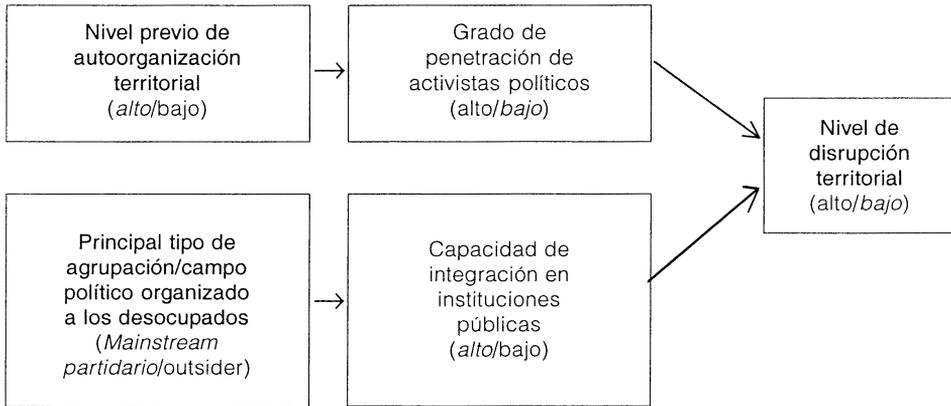
¹⁷ En efecto, tomando para ambos países los períodos más críticos en materia de desempleo, resulta que en Chile el período comprendido entre los años 1975 y 1985, *excluyendo* a la población cubierta por los programas PEM y POJH, alcanza un nivel de desocupación promedio del 14, 76%. En el caso de la Argentina, esta cifra llegaría al 15,52% entre 1994 y 2004, aun *incluyendo* a los desocupados cubiertos por planes sociales gubernamentales, con lo que, en la práctica, el porcentaje de cesantes en Chile sin cobertura estatal fue, sin duda, levemente mayor. Ver Raczynski y Romaguera 1995 y datos del Indec.

¹⁸ Garay 2007.

¹⁹ Ruiz-Tagle y Urmeneta 1984.

²⁰ Por 'lealtades de referencia política' nos referimos al concepto de *allegiances* utilizado en la ciencia política norteamericana, que remite a una identificación con otros en virtud de experiencias compartidas o ideales comunes. Esto comprende tanto las relaciones entre activistas y partidos/agrupaciones políticas, como sujetos que, menos orgánicamente, se visualizan como pertenecientes a un mismo 'campo político'.

GRAFICO 3
Argumento



Referencias: Argentina
Chile

disputas en las que se vieron envueltos los militantes políticos con organizaciones comunitarias celosas de su autonomía. A resultas de ello, si bien los activistas lograron promover formidables movilizaciones de cesantes en ciertas coyunturas críticas, el comando real de la organización barrial continuó en manos de liderazgos vecinales que, por su parte, carecían de los recursos e incentivos necesarios para sostener una actividad de protesta. En la Argentina, por el contrario, la ausencia de una trama significativa de organizaciones vecinales facilitó las tareas de reclutamiento de los activistas políticos, lo que convirtió el territorio en una fecunda arena de movilización.

Con respecto a las lealtades políticas de referencia de los activistas, el argumento es el siguiente: cuanto más periféricas fueron esas lealtades dentro del sistema político existente, tanto mayores fueron sus incentivos para impulsar la movilización en forma continuada. En la Argentina, los activistas pertenecían a agrupaciones marginales al juego político, de allí su apuesta permanente a favor de acciones de fuerte corte disruptivo. En Chile, en cambio, un núcleo considerable de los activistas se reclutaron entre los partidos del *mainstream* del sistema político; llegado el caso, éstos procuraron reorientar la beligerancia de sus cuadros territoriales hacia formas más institucionalizadas de acción política.

A partir de este marco de referencia, el presente trabajo se organizará de la siguiente forma: el siguiente apartado examina el fenómeno de las organizaciones de desocupados en el contexto de la teoría sobre movimientos sociales. En la tercera sección nos ocuparemos del papel clave representado por los activistas políticos en la movilización de los desocupados en la Argentina y Chile. Seguidamente, mostraremos cómo la frecuencia alcanzada por esta actividad encontró un límite en la robustez de la organización vecinal. El propósito de la cuarta sección es explicar la extensión de las estrategias disruptivas en el tiempo a partir de la ubicación de los

activistas en el sistema político. Por último, en las conclusiones, colocaremos nuestra investigación en diálogo con la bibliografía sobre movimientos sociales, para finalizar con algunas reflexiones en torno a la relación entre partidos políticos y desocupados en la Argentina.

II. Las organizaciones de desocupados en perspectiva teórica

La cuestión acerca del origen de los movimientos sociales ha sido ampliamente explorada por la bibliografía especializada. Los estudios más tempranos colocaron el acento en las condiciones materiales que animan la actividad de protesta, señalando que el nivel de movilización de una colectividad está determinado por el grado de malestar experimentado por sus integrantes. Aun cuando las sensaciones de privación son un elemento importante en el surgimiento de la protesta, este enfoque enfrenta limitaciones para explicar los casos bajo estudio.

Al respecto, es preciso destacar que numerosos países de la región han asistido al crecimiento de sus índices de desocupación al compás del vendaval de reformas neoliberales; sin embargo, la Argentina constituye el único caso en el que se han consolidado organizaciones de desocupados en condiciones de ejecutar movilizaciones sostenidas. Además, una comparación exhaustiva con el caso chileno tampoco parece abonar esta teoría: mientras los índices de desocupación han evolucionado de forma más o menos similar durante la etapa de reformas, la dinámica de la protesta exhibe patrones divergentes (ver Gráfico 1). Resultados semejantes se observan al considerar el desarrollo de la macroeconomía. Tras experimentar profundas crisis económicas, ambos países comienzan un proceso de acelerado crecimiento entre el decimosegundo y decimotercer año de reformas²¹. Su correlato en la movilización de los desocupados, empero, fue distinto: mientras en Chile la protesta experimentó un descenso significativo, en la Argentina se mantuvo en niveles elevados (ver Gráfico 1). En resumen, las condiciones materiales que suscitarían el malestar de los pobres urbanos no alcanzan a explicar sus patrones de acción colectiva.

La bibliografía contemporánea sobre movimientos sociales señala que para que los sujetos plasmen su estado de descontento en un ejercicio de movilización permanente, deben intervenir factores adicionales. Entre ellos se destaca la disponibilidad de recursos materiales, la inmersión en redes sociales preexistentes, un contexto político favorable para la protesta social y, por último, la propia interpretación subjetiva del malestar como un problema colectivo en condiciones de ser remediado mediante la acción colectiva²². Sin embargo, al atender a las condiciones que caracterizaban a los desocupados hacia el inicio de las reformas, sobresale ante todo la ausencia de elementos como los mencionados.

Comencemos por señalar que, desde el punto de vista material, la condición de desocupado está asociada a la carencia de los recursos indispensables –como un ingreso mínimo estable– para iniciar un proceso sostenido de acción colectiva. Una cuestión igualmente importante se relaciona con los procesos de 'liberación cognitiva'

²¹ En Chile la recuperación económica comienza en el año 1985, mientras que en la Argentina ésta tiene lugar a partir del año 2002.

²² En atención a las particularidades del contexto político de cada país, ese punto será abordado más adelante.

que son claves al surgimiento de la protesta. Por este término, la bibliografía especializada hace referencia a los procesos subjetivos por medio de los cuales los sujetos afectados llegan a definir su situación de privación como: 1) socialmente injusta y 2) pasible de ser transformada mediante la acción colectiva. Al respecto, la sociología del desempleo ha destacado la sensación de abatimiento y pérdida de la autoestima que prima entre los trabajadores desocupados²³, quienes son propensos a experimentar su situación como un fracaso de orden personal²⁴. Un contexto como el que se describe, marcado por la desvalorización de las capacidades propias, por un lado, y la dificultad para vincular las problemáticas individuales con el contexto político más vasto, por el otro, no puede sino conspirar contra la generación de acción colectiva²⁵.

Diversos autores han subrayado, asimismo, el papel crucial que cumplen las redes sociales preexistentes en el surgimiento de la protesta. Al respecto, se destaca su papel en la difusión de tácticas o consignas, el reclutamiento de participantes y los procesos de liberación cognitiva. Ahora bien, ¿con qué tipo de redes sociales cuenta un colectivo cuyo denominador común es la no pertenencia al mundo laboral, esto es, cuya situación se define a partir de la expulsión de un universo de vínculos y sentidos compartidos fundados en la experiencia de trabajo? En escenarios donde fábrica y lugar de residencia tienden a superponerse, como es el caso de las *company towns*, es posible que los lazos de solidaridad forjados en los lugares de trabajo –que se prolongan y refuerzan en la experiencia extralaboral– sean activados por fuera del ámbito fabril²⁶. Sin embargo, no es éste el telón de fondo sobre el que se recorta el fenómeno de la desocupación en las grandes metrópolis, objeto principal del presente estudio. En estos contextos, los lazos de solidaridad forjados en el proceso de producción permanecen confinados dentro de las fronteras de la fábrica, más allá de las cuales tienden a diluirse en un tejido urbano más heterogéneo²⁷. De allí que la expulsión del mundo fabril implique la desconexión de las redes sociales que, históricamente, sirvieron de plataforma para la acción colectiva de los sectores populares.

Ciertamente, las redes sociales forjadas en el mundo del trabajo no son las únicas a disposición de los cesantes. En diversas ciudades latinoamericanas, el proceso de reformas de mercado encontró a sectores de las clases populares organizados en asociaciones de tipo vecinal. Pero, como mostraremos a lo largo del trabajo, la relación entre la fortaleza previa de dichas redes territoriales y los niveles de protesta resultantes parecen contradecir los estudios sociológicos sobre acción colectiva.

En conclusión, el interrogante que nos plantea la bibliografía sobre movimientos sociales es el siguiente: ¿cómo explicar la movilización sostenida de pobres urbanos que, en los inicios, exhibían una carencia crónica de precondiciones elementales para la acción colectiva?

²³ Sharone 2007, Ledrut 1966. Que esta sensación de abatimiento y culpa individual imperaba entre los desocupados durante los inicios, es corroborado por el testimonio de diferentes militantes entrevistados.

²⁴ Sharone 2007, Ledrut 1966. Según estos autores, existirían condiciones particulares en las que esta problemática podría ser eventualmente politizada. Sobre estas condiciones nos detendremos más adelante.

²⁵ Respecto de la relación entre sensaciones de ineficacia personal y percepciones negativas acerca del poder transformador de la acción colectiva, ver Mc Adam 1982:204.

²⁶ Torre 1989: 56-57.

²⁷ *Ibidem*.

III. Los activistas políticos como garantes de la acción colectiva

Hasta aquí, hemos descrito las dificultades que experimentan los desocupados para generar, endógenamente, una acción disruptiva continuada. De modo de obtener un cuadro completo de los procesos de organización popular en los barrios periféricos, es preciso redirigir la atención hacia el rol de los agentes externos en esa tarea. Al respecto, proponemos comenzar por una distinción entre dos tipos de promotores de la organización social.

Por un lado, tenemos a los activistas políticos, sujetos que tienen como principal referencia para la acción el desarrollo y la consolidación de su campo político o partidario de referencia en el marco del sistema político nacional. Entre sus filas, encontramos tanto a cuadros orgánicos de partidos políticos como a activistas que, desvinculados de estructuras partidarias, se conciben como parte de un campo político a cuyo avance consagran el grueso de su actividad militante. Por otro lado, se encuentran los liderazgos vecinales o comunitarios, que tienen como principal referencia para la acción el bienestar de los residentes de su localidad, usualmente evaluado en términos reivindicativos, en el sentido de reclamos acotados a las necesidades inmediatas de la población afectada. Entre ellos encontramos con frecuencia a párrocos, maestros, asistentes sociales e incluso antiguos militantes políticos que, desvinculados de sus campos políticos de referencia, se han reconvertido en dirigentes aplicados a las problemáticas barriales.

En vistas de los obstáculos interpuestos a su tarea, ambos tipos de liderazgos requieren el auxilio de estructuras de apoyo externas en condiciones de proveerlos de recursos. La naturaleza de esas estructuras, sin embargo, usualmente difiere. Mientras los activistas políticos tienden a apoyarse en estructuras partidarias o sindicales, los liderazgos vecinales descansan, por el contrario, en instituciones de la sociedad civil como la Iglesia u Organizaciones No Gubernamentales (ONG), esto es, instituciones que no exhiben un interés inmediato por la distribución del poder en el sistema político.

Delineados ya los contornos de los distintos actores –bases, liderazgos vecinales y activistas políticos– que intervienen en los procesos de organización territorial, dos son los interrogantes que se plantean: en primer lugar, ¿cómo lograron los activistas políticos superar los enormes obstáculos interpuestos a la acción colectiva de los desocupados? En segundo lugar, ¿por qué las estructuras por ellos montadas se revelaron mejor equipadas para esa tarea que aquellas administradas por los dirigentes vecinales?

En términos de sus incentivos, argumentaremos que su preocupación por gravitar en la escena política nacional conduce a los activistas políticos a promover la construcción de organizaciones extensas, una preocupación a menudo ausente en los liderazgos vecinales. Además, su voluntad por trascender los estrechos objetivos reivindicativos locales les permite sortear los riesgos de desmantelamiento o cooptación organizacional que, sea por su fracaso –e incluso su éxito–, acompañan a toda agrupación vecinal articulada en torno a esas demandas²⁸.

A propósito de sus capacidades organizacionales, al tiempo que los activistas exhiben una mayor destreza para la coordinación, poseen generalmente una expe-

²⁸ Ver Foweraker 1995 para un análisis de las dificultades de las organizaciones vecinales al respecto.

riencia organizacional más sofisticada. En relación con la primera dimensión, mientras las organizaciones vecinales se caracterizan por el desconocimiento mutuo y una perenne dificultad para acercar posiciones²⁹, los activistas políticos logran sortear este problema en virtud de su inserción en redes de militantes de alcance nacional. Por lo demás, una vasta experiencia de militancia partidaria y sindical les permite conducir con cierta profesionalidad organizaciones de movilización masiva cuyo manejo excede, con creces, las exiguas habilidades de los liderazgos vecinales. Finalmente, sus agrupaciones políticas de referencia proveen a los activistas de recursos, protección legal y militantes disciplinados que facilitan las tareas de consolidación, expansión y cohesión organizacional.

A efectos de ilustrar estos argumentos, introducimos a continuación los dos casos bajo estudio.

III. A. Chile: la paradoja de la organización como barrera para la movilización

El lanzamiento del proceso de reformas coincidió con el profuso crecimiento de una verdadera *selva organizativa*³⁰ en la periferia de Santiago de Chile. A pesar de un contexto definido por la represión política y el ajuste estructural, en el territorio de las poblaciones³¹ se produjo desde mediados de los años setenta una multiplicación de organizaciones de base sin vínculos de tipo partidario y a prudente distancia de los aparatos clientelistas del régimen pinochetista. Al abrigo del manto protector de la Iglesia católica, las denominadas Organizaciones Económicas Populares (OEP), un conjunto heterogéneo de asociaciones vecinales autónomas integradas por cesantes y trabajadores informales, llegarían a agrupar entre 220.000 y 250.000 pobladores al promediar la década del ochenta³². Importa destacar aquí el temprano desarrollo de estas organizaciones: hacia 1982, cuando otros promotores de la organización social aún exhibían estructuras embrionarias en el territorio, las OEP ya nucleaban alrededor de 80.000 pobres urbanos³³. Desde talleres autogestionados y comedores populares, hasta asociaciones de cesantes y organizaciones para la obtención de servicios públicos esenciales, estas agrupaciones combinarían la atención de las necesidades básicas con una importante actividad asociativa y asamblearia. La pujante vida interna de las organizaciones, que se erigía en un desafío abierto a la desmovilización y apatía social auspiciadas por el régimen, desempeñaría una notable función de integración social frente a los efectos desestructurantes de las reformas económicas en curso.

En cierta medida, sus condiciones de posibilidad fueron creadas por el propio régimen autoritario, el cual, al clausurar los canales tradicionales de participación política, puso en suspenso los sólidos lazos forjados entre partidos políticos y pobladores durante la etapa democrática. Ahora bien, el acelerado crecimiento de las OEP a lo largo y ancho de Santiago resulta impensable sin el auxilio de dos factores: por un lado, una rica historia de movilización territorial que, antaño conducida por los partidos po-

²⁹ Un argumento en este sentido puede encontrarse en Assies, Burgwald y Salman 1990.

³⁰ Tomamos prestado el término de Cerrutti y Grimson 2005.

³¹ 'Poblaciones' es el término con el que se denomina a los barrios periféricos en Chile.

³² Pozo 1986, Oxborn 1995, Valdés 1987. Se estima que el 80% de sus miembros eran desocupados. Ver Campero 1987 y Hardy 1986.

³³ Razeto 1983. Este trabajo constituye el relevamiento más exhaustivo de las OEP para el período.

líticos, había legado un importante activo social en la forma de un conjunto considerable de individuos con amplia experiencia en la organización barrial. Una vez que los partidos abandonaron el territorio de las poblaciones, una porción importante de estos activistas se reconvirtieron en dirigentes de corte vecinalista. Por otra parte, y como señalamos, la novedosa emergencia de estos liderazgos comunitarios, desvinculados de toda tutela partidaria o estatal, no puede ser explicada sin el crucial auxilio brindado por la Iglesia católica. A través de la Vicaría de la Solidaridad, se apuntalaron los ingentes esfuerzos de autoorganización barrial mediante la provisión de un flujo constante de recursos, el entrenamiento de liderazgos poblacionales y la cesión de espacios físicos para el desarrollo de la actividad organizativa³⁴.

Hacia finales de los años setenta, empero, este panorama experimentó un cambio con el retorno de los partidos políticos al territorio. Al compás del acelerado crecimiento de los índices de desocupación, éste se había tornado un atractivo terreno en donde capitalizar el descontento con el régimen autoritario. A partir de la instauración de coordinadoras de pobladores político-partidarias ligadas inicialmente a la izquierda, comenzaron las primeras movilizaciones masivas de cesantes y trabajadores informales, que obtendrían notables conquistas habida cuenta de los márgenes limitados del régimen militar³⁵. Si bien esta incursión de los partidos en las poblaciones revistió un carácter muy limitado hasta los años ochenta, ya venía a señalar las potencialidades de una acción disruptiva por fuera del estrecho horizonte localista al que, hasta entonces, se habían circunscripto los cesantes organizados en las OEP. Al despuntar la nueva década, las agrupaciones partidarias doblaron su apuesta y consagraron ingentes recursos a la movilización de los pobres urbanos, a quienes colocaron al frente del importante ciclo de protestas del período 1983-1986.

El renovado protagonismo de los partidos políticos, sin embargo, no alcanzó a plasmarse en un férreo liderazgo sobre los pobladores. Su poder de convocatoria resultaba extremadamente fluctuante: alternaba entre la orquestación de movilizaciones masivas de alto riesgo, como cortes de rutas o tomas de tierras, con acciones carentes de todo respaldo³⁶, y era expresivo de su falta de penetración en el territorio. En efecto, la imagen que nos devuelve su actividad en el territorio se destaca por los contrastes: por un lado, dispositivos de movilización capaces de paralizar poblaciones enteras; por el otro, estructuras organizacionales con un número de miembros *estables* inferior a los 3.000 pobladores³⁷. ¿Qué factores conspiraban contra esta articulación entre acción disruptiva y organizaciones de base, entre la ruta y el barrio? ¿Cómo dar cuenta de la escasa penetración partidaria en las poblaciones, máxime cuando los partidos opositores mantenían una importante gravitación en las organizaciones de base del sector formal?³⁸

³⁴ OXHORN 1995, RAZETO 1983.

³⁵ El trabajo de SCHNEIDER, por ejemplo, da cuenta de organizaciones ligadas al Partido Comunista que, mediante la movilización, conseguían y regenteaban planes de emergencia ocupacional y de vivienda (SCHNEIDER 1995). Un panorama completo de estas conquistas puede encontrarse en SCHIPANI 2006.

³⁶ Ver ESPINOZA 1985, CAMPERO 1987.

³⁷ CAMPERO 1987. En este estudio, se destaca que esta estimación es compartida por diversos especialistas, subrayando que correspondería al 1,5% del total de pobladores organizados por fuera de las redes clientelistas.

³⁸ Para un estudio que da cuenta de la influencia de los partidos políticos en las fábricas, ver DRAKE 1996.

Como señalamos al inicio, la existencia de las propias OEP constituyó uno de los principales obstáculos³⁹. La forzada ausencia temporal de los partidos políticos había facilitado el repliegue de los pobladores hacia el marco de acción barrial, en la forma de emergentes liderazgos locales que exhibían una creciente sensibilidad por las problemáticas y autonomía organizacional de sus respectivos vecindarios. Diversas investigaciones en el campo revelan, a su vez, hasta qué punto estas preocupaciones habían calado entre las bases, haciendo de la noción de 'vecino', en tanto identidad compartida, la idea fuerza que animaba la vida interna de estas asociaciones⁴⁰. El entusiasmo con que estas creencias, promovidas por instituciones de apoyo como la Iglesia, fueron abrazadas por los dirigentes locales no era ajeno, por cierto, a los crecientes márgenes de maniobra que aquellas les conferían. En este contexto, las veleidades hegemónicas exhibidas por los partidos políticos entraron en colisión con jerarquías y sensibilidades sólidamente arraigadas en el nivel local, que tendieron a ver en esa 'excesiva' preocupación por la autonomía, sostenida materialmente con el apoyo eclesiástico, la principal dificultad para encolumnar a las OEP detrás de sus propias estrategias de movilización⁴¹.

Al encontrarse privados del respaldo de las OEP, los partidos políticos terminaron en franca competencia con quienes, finalmente, constituían las verdaderas organizaciones de base en el territorio. A la inversa, desprovistos de la tutela de los partidos, la suerte de los cesantes quedaría ligada al de un variopinto universo de agrupaciones vecinales con escasa capacidad para suscitar un caudal de movilización significativo. En efecto, al tiempo que los múltiples problemas de coordinación frustraron todo intento de generar un 'movimiento de pobladores' a partir de las minúsculas OEP⁴², la ausencia de líderes con vocación de trascender las preocupaciones estrictamente reivindicativas de sus localidades –y capacidad organizacional para hacerlo– convertía esta iniciativa en la quimérica empresa de una minoría⁴³.

Ilustra nuestro argumento el contraste con las escasas poblaciones controladas por el Partido Comunista, en las que éste conservó sus organizaciones de base desde el inicio mismo del gobierno militar. Gracias a la inédita convergencia de trabajo comunitario y estructuras de movilización bajo el liderazgo de una misma conducción, o, lo que es lo mismo, a la articulación de fuertes redes sociales alrededor de activistas políticos con capacidades e incentivos para la movilización, se registraron allí los índices de protesta más elevados de todo el período⁴⁴.

Sin embargo, la regla general sería la de un territorio escindido entre organizaciones vecinales consagradas al trabajo comunitario, por un lado, y agrupaciones nacionales especializadas en la movilización política, por el otro. A la postre, esta segmentación resultó funesta y privó a los activistas políticos de redes sociales donde replegarse y mantener viva la llama de la protesta en los momentos de reflujos políticos.

³⁹ Otro factor importante fueron las propias estrategias partidarias, que se analizan en Schipani 2006.

⁴⁰ Oxhorn 1995, Campero 1987.

⁴¹ Esto se desprende de distintas entrevistas realizadas en el campo a activistas políticos y dirigentes de las OEP. Ver Oxhorn 1995 y Baño 1984, entre otros.

⁴² Campero 1987. Ver también entrevistas transcritas en Baño 1984.

⁴³ Ver testimonios en entrevistas transcritas por Baño 1984, y Schneider 1995.

⁴⁴ Schneider 1995.

III. B. La Argentina: desertificación organizativa y acción colectiva

En oposición a lo ocurrido en la periferia de Santiago, los barrios populares del Gran Buenos Aires se caracterizaron, hasta bien avanzado el proceso de reformas iniciado en 1990, por una palmaria *desertificación organizativa*⁴⁵. Con este término, diversos autores han llamado la atención sobre el virtual monopolio de los poderes políticos municipales sobre la articulación de los pobres urbanos. Más que señalar la inexistencia de toda forma organizativa en el nivel territorial, procuraban subrayar los obstáculos que sus profusas redes clientelistas colocaban al surgimiento de organizaciones vecinales autónomas. La hegemonía de este tipo de maquinarias político-electorales de corte netamente verticalista, a su vez, habría conducido a un acelerado proceso de 'vaciamiento de capacidades organizacionales' en los barrios periféricos⁴⁶.

La evidencia disponible para el período, si bien es fragmentaria, refleja de forma indirecta la dimensión de este cuadro en los barrios periféricos. De acuerdo con un importante relevamiento de organizaciones de la sociedad civil realizado en el año 1995, las asociaciones de tipo vecinal agrupaban a menos de 80.000 miembros *en el nivel nacional*⁴⁷. Esta cifra colocaba a las organizaciones comunitarias de la Argentina muy por detrás de sus homólogas chilenas. En efecto, al comparar ambos países encontramos que, con anterioridad a las protestas, el *total* de participantes de esta forma asociativa en los 24 distritos de la Argentina era inferior al número que agrupaban este tipo de organizaciones tan sólo en la periferia de Santiago de Chile⁴⁸.

En sintonía con este diagnóstico, los testimonios de los dirigentes piqueteros coinciden en destacar el escenario de desertificación organizativa que enfrentaron una vez que se lanzaron a organizar a los desocupados⁴⁹:

El proceso es que se habían vaciado las instituciones [barriales]. Se vació todo, se vació la sociedad de fomento. Si vos hacés una caminata por la provincia de Buenos Aires, vas a ver un montón de instituciones vacías. Sin gente, sin vida... Si en la sociedad de fomento se juntan cuatro viejos a jugar al truco, y se cae el asfalto, se cae la luz, se cae la comida, no hay trabajo, y no te solucionan nada, no va más nadie⁵⁰.

A partir del contraste presentado por el caso chileno, cabe preguntarse cómo se explica ese estado de cosas en los barrios periféricos. A nuestro juicio, la respues-

⁴⁵ Diversos estudios sobre las organizaciones piqueteras (Svampa y Pereyra 2003, Delamata 2004, y Cerrutti y Grimson 2005), coinciden en esta caracterización.

⁴⁶ Un análisis detallado de este proceso puede encontrarse en Levitsky 2003.

⁴⁷ Esta estimación se basa en un estudio realizado por la Johns Hopkins University (Salamon y Sokolowski 2001). En el mismo se dividen a las organizaciones de la sociedad civil en seis categorías, correspondiendo las organizaciones vecinales a la categoría "*development organization*", que reunía un total de 80.814 miembros. Sin embargo, esta categoría incluye también otros subconjuntos importante de organizaciones, por lo que estimamos que el número de integrantes de organizaciones vecinales en 1995 se encontraba considerablemente por debajo de aquella cifra.

⁴⁸ Recordemos que para 1982, cuando el ciclo de protestas aún no había comenzado en Chile, las OEP nucleaban alrededor de 80.000 miembros (Razeto 1983).

⁴⁹ Este fue incluso el escenario encontrado por el reducido núcleo de activistas políticos que, dirigiendo algún emplazamiento territorial con anterioridad al surgimiento de las organizaciones piqueteras, se expandieron hacia otros barrios y distritos. Entrevistas con dirigentes de la Corriente Clasista y Combativa (CCC) y la Federación de Tierra y Vivienda (FTV). Otros testimonios en Schipani 2006.

⁵⁰ Entrevista con dirigente de Barrios de Pie, Buenos Aires, febrero de 2006.

ta remite a la ausencia de dos elementos que en Chile resultaron cruciales para el surgimiento de las OEP. En primer lugar, señalemos que la tradición de organización territorial en la Argentina resulta sumamente exigua comparada con la de otros países de la región⁵¹. En el origen de esta situación se encuentra, sin duda, tanto el menor peso relativo de las problemáticas relacionadas con el acceso a la vivienda, como las bajas tasas de trabajo informal y desempleo históricamente registradas, que convirtieron a los sindicatos en los principales articuladores de las demandas populares. En consecuencia, una vez iniciado el proceso de reformas, los barrios periféricos carecerían de una masa crítica de liderazgos entrenados en la gimnasia de la organización territorial. A ello se sumó la inexistencia de un agente externo de peso dispuesto a sostener y financiar esa empresa en competencia directa con las redes clientelistas existentes. Así, mientras en Chile la Iglesia católica representó un papel activo en la promoción de la organización vecinal durante los años setenta y ochenta, su contraparte en la Argentina de los noventa adoptó una posición visiblemente conservadora en relación con los procesos de organización popular.

Paradójicamente, esta situación de *desertificación organizativa* despejó el camino para el desembarco de los activistas políticos en los barrios periféricos. En efecto, usualmente se pasa por alto que la inscripción en estructuras de movilización política es, al fin y al cabo, una de las múltiples opciones de supervivencia que se abren a los desocupados una vez que las redes clientelistas pierden sustento y eficacia. De esta forma, si la *selva organizativa* de Santiago les ofrecía un cálido refugio al abrigo de su tupida red de asociaciones vecinales, el inhóspito desierto bonaerense, estéril a la hora de alumbrar este tipo de organizaciones, colocaría a la población de desempleados al alcance de liderazgos políticos sin mayores credenciales de militancia territorial⁵². Hacia finales del período bajo estudio, estos activistas agrupaban cerca de 260.000 miembros en sus organizaciones⁵³. Así, mientras las asociaciones vecinales de base constituyeron un dique contra la penetración partidaria en las poblaciones de Santiago, su ausencia en la periferia de Buenos Aires facilitó a los activistas políticos levantar, bajo una misma bandera, comedores vecinales y barricadas. La dimensión de su éxito residió en esta oportunidad infrecuente, que los facultó para echar sólidas raíces territoriales en donde anclar su actividad de movilización.

III. B. 1. *Predicando en el desierto: trayectorias de los activistas*⁵⁴

Ahora bien, un interrogante que se plantea en este desarrollo es cómo fue que los activistas lograron poner en movimiento a aquellas primeras *masas críticas* de

⁵¹ Roberts y Portes 2005.

⁵² Esta cuestión será tratada más adelante.

⁵³ Esta cifra proviene del relevamiento realizado a partir de la triangulación de información entre los referentes de las organizaciones piqueteras entrevistados (ver nota 1). Otros trabajos estiman que las organizaciones contaban al menos con 250.000 miembros (Svampa y Pereyra 2003: 99).

⁵⁴ Observando las tradiciones disciplinarias, los nombres de los dirigentes entrevistados han sido modificados y los de sus agrupaciones de pertenencia, omitidos. En un estudio seminal, Maristella Svampa y Sebastián Pereyra han dividido a las organizaciones piqueteras en tres categorías: una línea política (subdividida a su vez en agrupaciones partidarias y 'autónomas'), una sindical y, por último, una línea territorial (Svampa y Pereyra 2003). El primer referente entrevistado pertenece a una agrupación de la línea sindical con gran peso en el partido de La Matanza. El segundo dirigente se inscribe en una organización política de la línea 'autónoma', que tiene su bastión en la zona sur del Gran Buenos Aires.

cesantes. Para responderlo, nos valdremos de dos historias de militancia que arrojan luz sobre la naturaleza de los agentes externos bajo estudio y su empresa política.

Eduardo

Oriundo de la provincia de Salta, Eduardo incursiona en la militancia sindical a comienzos de la década del setenta. Tras arribar a Buenos Aires, a los 19 años, es elegido delegado de sección de la fábrica donde trabajaba e inicia una meteórica carrera sindical que lo convierte en un importante dirigente del sindicato de lecheros. Prontamente traba relación con las tendencias revolucionarias dentro del movimiento obrero y en 1973 se incorpora a la agrupación clasista Primero de Mayo, liderada por René Salamanca, dirigente gremial ligado al Partido Comunista Revolucionario (PCR). Paralelamente, y en sintonía con el trabajo militante que comienzan a desarrollar diversas agrupaciones de izquierda en las villas miseria, se establece en un asentamiento de la Capital y, al poco tiempo, se convierte en un destacado dirigente villero.

Instalado el régimen militar en 1976, las autoridades lo detienen por su militancia revolucionaria. Por razones hasta hoy incomprensibles para el propio protagonista, es liberado por un juez federal; a partir de ese episodio, opta por pasar a la clandestinidad y retorna a su Salta natal, donde transcurre un año oculto en los cerros de los alrededores de la capital provincial. No obstante, la vocación militante de Eduardo reaparece al poco tiempo: tras obtener un empleo como peón de taxi en la ciudad, comienza a organizar sindicalmente a sus compañeros. Detenido en 1978 a raíz de un conflicto gremial que lo tiene entre sus promotores, es condenado a varios años en prisión en un penal de Buenos Aires.

Hacia fines de 1981 es liberado y muy pronto, quizás como una forma de exhibir la escasa mella que los años de prisión habían producido sobre sus convicciones, acredita su afiliación al PCR. Para entonces, la militancia ha cobrado un alto precio en su vida familiar: forzado a suspender sus vínculos con su mujer y pequeños hijos durante el paso a la clandestinidad, jamás volverá a recomponerlos de forma íntegra.

Iniciada la transición democrática, obtiene un empleo en la industria textil y vuelve a ser elegido delegado sindical. A comienzos de 1982, se instala en unos terrenos recientemente ocupados en el distrito de La Matanza. A través de un paciente trabajo de predicamento entre los vecinos, Eduardo invierte su amplia experiencia militante en la transformación de una caótica toma de tierras en un asentamiento organizado. Junto con el apoyo técnico y material del PCR, esta organización permitirá al barrio embarcarse en la batalla por la regularización de la propiedad de las tierras ocupadas, que culminará con éxito tras el recurso a cortes de ruta, movilizaciones e, incluso, una toma del parlamento provincial en el año 1986.

La década del noventa, signada por el reflujo de la actividad sindical y los altos índices de desocupación, marca el fin de la carrera gremial de Eduardo. Cesanteado por la gerencia en razón de su prédica combativa, pasa a desempeñar una serie de ocupaciones informales hasta que en 1995 queda definitivamente desempleado. Hasta entonces, Eduardo había concebido la actividad sindical como el espacio central de la militancia revolucionaria. A partir de allí, comienza su apuesta por organizar a los desempleados a partir de la estructura territorial bajo su comando. Sus primeros éxitos convencen al PCR de la necesidad de orientar su actividad hacia ese universo y Eduardo, hasta entonces un dirigente marginal en la agrupación, se coloca a la cabeza de la operación que dotará al partido de una base popular entre los pobres urbanos.

Néstor

Los comienzos de Néstor en la militancia se remontan a la fundación de una agrupación estudiantil durante sus estudios secundarios en San Miguel de Tucumán. En el contexto de polarización política que envolvía a la provincia durante los años sesenta, transita prontamente el camino de la radicalización política que lo encontrará, hacia fines de la década, como miembro del PRT-ERP. La intensa actividad armada de la organización origina una fuerte persecución gubernamental sobre sus miembros, y Néstor es arrestado y procesado en 1971. Liberado en 1973, comienza a activar sindicalmente en los ferrocarriles; sin embargo, para entonces la represión militar y paramilitar existente en la provincia vuelve esa actividad una empresa riesgosa. Ante la progresiva desaparición de sus compañeros de militancia, Néstor decide abandonar la militancia social y pasar a la clandestinidad.

Los años del Proceso condenarían a Néstor a sus días más grises de militancia. Forzado a trasladarse hacia Buenos Aires escapando de la represión, se refugia en la militancia territorial en razón de su mayor invisibilidad ante las autoridades públicas. Hacia 1980, junto a otros compañeros del PRT-ERP en la clandestinidad, conquistan la sociedad de fomento del barrio periférico donde Néstor se instala y, más tarde, toman parte en la conformación de una coordinadora de organizaciones territoriales de la zona que tendría un protagonismo considerable pero fugaz durante la transición democrática.

El retorno de la democracia encuentra a Néstor cada vez más disconforme con la conducción del partido, controlada por militantes provenientes del exilio que auspician un abandono de las tácticas insurreccionales. Esto produce la escisión de la fracción más ortodoxa, la que encomienda a Néstor la tarea de reconstruir el PRT tucumano bajo las antiguas bases. En esta empresa, recurrirá a antiguas técnicas de financiamiento utilizadas por la organización, lo que le vale una nueva condena en prisión. Tras su liberación, en 1989 regresa a Buenos Aires y, al arribar a su antiguo barrio de residencia, constata que las organizaciones vecinales habían sido desarticuladas e integradas a las redes políticas del municipio. En respuesta a ello, Néstor intenta dar un último golpe de suerte en una antigua área de reclutamiento del PRT-ERP: el ámbito fabril. Así comienza a desplegar una intensa militancia orientada a sustituir al aquiescente cuerpo de delegados de la empresa alimenticia en donde trabajaba. Celebradas las elecciones para delegados de fábrica, su lista de militantes combativos es derrotada y sus integrantes cesanteados por la gerencia.

Paradójicamente, más de veinticinco años de militancia encuentran a Néstor con una inscripción política y social prácticamente nula: un trabajo territorial imposible de remontar, una clase obrera reacia a solidarizarse con las consignas clasistas de antaño y un PRT desgarrado por luchas intestinas. Durante los años posteriores su labor militante se ve interrumpida; gran parte de su tiempo transcurre en pequeñas reuniones de discusión con otros activistas, cuya militancia se encuentra paralizada por un mismo interrogante: cómo reeditar un proyecto revolucionario en un medio marcado por la desmovilización social y la apatía política. No obstante, frente al acelerado crecimiento de la desocupación y los primeros cortes de ruta protagonizados por cesantes en el interior del país, Néstor no demora en percibir la forma con la cual dar una vuelta de tuerca a su propia historia: hacia fines de los años noventa, se encuentra liderando una de las más importantes organizaciones de desocupados en el sur del Gran Buenos Aires:

Bueno, todo eso lo lleva a uno a pensar y repensar; porque después de tanto ensayar, construir y quedarse en la nada, uno tiene que reflexionar. Y bueno, lo que hacíamos en esa época era dedicarnos a leer... a analizar, a tratar de encontrarle la vuelta... y en el '96 en esas reuniones de discusión comenzamos a llegar a la conclusión de que en realidad la actividad debíamos orientarla a la organización de los desocupados, que ése iba a ser el sector más dinámico de la sociedad argentina en los próximos años⁵⁵.

Estas historias de vida iluminan el perfil de los activistas políticos. En ellas se destaca ante todo una visión finalista de la política, esto es, una acción política orientada por metas que apuntan a una resolución final bajo la forma de un cambio total de las estructuras sociales y políticas. En esta perspectiva, los objetivos de largo plazo son los que dan significado a las luchas del presente, transformando los reveses o los triunfos en momentos dentro de una trayectoria de movilización permanente y sostenida.

Este marco cognitivo los convierte en los sujetos idóneos para encarar la lucha contra las formidables maquinarias políticas municipales, cuyo férreo control sobre la distribución de planes sociales les confería un firme y sólido dominio inicial del territorio. En efecto, esa visión finalista de la política tiene por contrapartida en el nivel individual una implicación completa en la militancia que, como hemos visto, se vuelve pródiga en sacrificios individuales y altruismos, y es vivida como una larga marcha en pos de una causa trascendente que los blindo frente a los cambiantes contornos del contexto político. Un activista que alienta el conflicto sindical durante la fase de apogeo del régimen militar, un militante que busca reeditar la experiencia del PRT-ERP en medio de la 'primavera democrática', hablan de sujetos con una vasta experiencia en las tareas de movilización y organización en contextos adversos.

En este sentido, las historias de vida aquí presentadas muestran lo erróneo que sería comprender el accionar de los dirigentes piqueteros viendo en ellos sólo a gremialistas de sindicatos de desocupados. Muy por el contrario, estamos en presencia de sujetos fuertemente politizados cuya identidad, lejos de estructurarse a partir de la variopinta gama de arenas sociales en donde ocasionalmente militan, está centrada en la consecución de finalidades más vastas ligadas a cosmovisiones políticas definidas.

III. B. 2. Capacidades e incentivos de los activistas políticos

Las características de su compromiso con la militancia política permitieron a los activistas sortear el doble riesgo de la desarticulación y la atomización organizacional. En primer lugar, numerosas agrupaciones piqueteras crean sus primeras estructuras territoriales en un período –los tiempos del segundo gobierno de Carlos Menem (1996-1999)⁵⁶ – en el cual la estructura de incentivos favorecía la integración de las organizaciones territoriales a las aún pródigas redes políticas municipales, so pena de desintegrarse ante la escasez de recursos. Sin embargo,

⁵⁵ Entrevista, Municipio de Florencio Varela, Buenos Aires, abril de 2006.

⁵⁶ Mientras organizaciones como el Movimiento Teresa Rodríguez (MTR) y el Movimiento de Trabajadores Desocupados Anibal Verón (MTD AV) construyeron sus estructuras territoriales en Florencio Varela durante esa época, militantes del Polo Obrero (PO) comenzaron su trabajo territorial en distritos como Lomas de Zamora y Berazategui, y la CCC, junto con militantes que luego formarían el Movimiento Independiente de Jubilados y Desocupados (MIJD), se expandió a la zona sur del conurbano.

las organizaciones piqueteras resistieron esta opción a pesar de sus magros resultados concretos iniciales; la explicación, a nuestro juicio, radica en el perfil de sus promotores y su visión sobre el papel de la organización. Para los activistas, ésta es una plataforma de lanzamiento de objetivos más elevados; las demandas reivindicativas, lejos de ser el alfa y el omega de la acción organizativa, se erigen aquí en un instrumento al servicio del reclutamiento de apoyos. Esta concepción les permitía realizar una 'inversión inicial' de envergadura en una actividad organizativa que exhibía escasos atractivos en relación con los beneficios selectivos por obtener en lo inmediato. Ciertamente, en muchos distritos estas construcciones exhibían un carácter embrionario. Sin embargo, constituyeron a la postre un capital organizacional indispensable para sacar una rápida ventaja de la favorable coyuntura política inaugurada con el gobierno de Fernando De la Rúa (2000-2001), jaqueado por una crisis económica y política de proporciones que lo encontraría vulnerable frente a las demandas de las organizaciones.

Su voluntad de construir organizaciones que trascendieran las fronteras barriales fue igualmente importante, convencidos como estaban de que sólo redes masivas eran garantía de gravitación en el sistema político. A propósito, es preciso señalar que esfuerzos semejantes comportan enormes costos: por sobre todo, implican la constante transferencia de recursos escasos desde localidades con una organización robusta hacia otras en donde ésta aún no se ha desarrollado. En un medio ambiente caracterizado por múltiples carencias, operaciones como éstas hubieran sido improbables bajo la conducción de liderazgos vecinalistas. Distinto fue el caso de los activistas, quienes orientaban su acción en función de un plan de acción nacional. Al respecto, diversos testimonios son reveladores del papel catalítico que tuvieron las transferencias de planes de emergencia ocupacional entre localidades en la expansión posterior de las agrupaciones piqueteras⁵⁷.

Ciertamente, éstas eran actividades que requerían considerables habilidades organizativas. A propósito de ello, el relevamiento que realizamos indica que los dirigentes piqueteros eran militantes profesionales de tiempo completo quienes, ya con anterioridad al surgimiento de las organizaciones de desocupados, ostentaban amplia *expertise* en la producción y gestión del conflicto social. A modo de ejemplo, de los dirigentes entrevistados⁵⁸, prácticamente la totalidad había participado de alguna negociación con autoridades políticas, patronales o estudiantiles; casi todos habían planificado con anterioridad alguna movilización social, incluida su coordinación con otras organizaciones políticas o sociales; y tres cuartas partes habían intervenido alguna vez en la arena mediática. A la postre, la intervención de estos experimentados cuadros políticos fue fundamental para un ejercicio de movilización que requirió complejas capacidades logísticas, amplia experiencia de negociación para tratar con funcionarios gubernamentales de alto rango y un conocimiento de los medios de prensa que permitiera legitimar los reclamos frente a la opinión pública.

⁵⁷ "Siempre el trabajo fue planificado... porque no de gusto los barrios más grandes a nivel organizativo y más históricos están todos alrededor de la ruta que siempre se ha cortado acá... teníamos todo un mapa de Varela de donde había que trabajar. Teníamos poca fuerza, o sea poca militancia para desarrollar el trabajo, y se focalizó [la distribución de los planes sociales] en los lugares que estaban cerca de la ruta" (entrevista con referente del MTD Anibal Verón, Municipio de Florencio Varela, Buenos Aires, mayo de 2006). Otros testimonios sobre transferencias de planes sociales entre municipios en Schipani 2006:83.

⁵⁸ Aquí incluimos solamente a los 22 dirigentes que hemos catalogado como 'iniciadores' (ver nota 1).

Ahora bien, los activistas no se colocaron a la cabeza de un estado de agitación ya existente en los barrios periféricos. Crear ese estado fue, ante todo, la ardua tarea que tuvieron por delante. Pocos eran los beneficios tangibles e inmediatos con los que, en los inicios, podían recompensar la participación de las bases. En la coyuntura, una aceitada gimnasia de propaganda fue el recurso central que suplió esa carencia, y ejerció la función de un verdadero puente entre los esfuerzos organizativos del presente y los frutos que el porvenir depararía a aquellos que invirtieran en el proyecto colectivo.

Para que los sujetos afectados plasmen su estado de malestar en la forma de reclamos hacia el sistema político, ya señalamos que éste debe ser experimentado como una situación socialmente injusta que, a su vez, puede ser revertida mediante la acción colectiva. Sobradas son las razones para sostener que, dada la naturaleza de la problemática de la desocupación y el estado de la organización popular en los barrios periféricos, la intervención de los activistas resultó crucial para la motorización de esos procesos: su aporte fundamental consistió en ofrecer a los habitantes de los barrios periféricos novedosas coordenadas a través de las cuales procesar, de forma colectiva, el súbito quiebre de sus prácticas cotidianas.

Comencemos por destacar que, a diferencia de otros escenarios del interior del país más próximos al modelo de la *company town*, en la periferia de Buenos Aires la pérdida del empleo se dio en tiempos y formas distintas para los residentes de una misma localidad, lo cual dificultaba la identificación de responsabilidades sociales y políticas claras. Frente a este escenario, el relato del activista redefinía las realidades individuales de privación, experimentadas hasta entonces como vergonzantes infortunios personales conducentes a la frustración e inmovilidad, en el marco de transformaciones sociales y políticas más amplias vinculadas a las reformas de mercado. Mediante el empleo de un discurso sofisticado, la desocupación era ahora transformada en un problema político. En segundo lugar, los activistas lanzaron sus llamados a la protesta en barrios que hasta entonces procesaban los reclamos de sus habitantes a través de vinculaciones particulares y clientelistas con el Estado. A partir de su vasta experiencia militante, venían a devolver a aquellos que soportaban una situación de privación la sensación de que podían hacer algo: en concreto, señalaron la confrontación con el poder político como una vía posible y legítima para revertir esa situación y así transformaron, a la larga, las vías por las cuales habían avanzado tradicionalmente los reclamos vecinales. De esta manera, contra el telón de fondo de un malestar –el desempleo– con opacas vinculaciones con los procesos políticos en curso y la ausencia de una tradición fuerte de conflicto en el nivel territorial, su labor era, cada vez más, la de un predicador en el desierto:

A fines del '95 empezamos a empadronar, convocamos a asambleas, elaboramos unos petitorios... [los desocupados] venían muy desmoralizados... Muchos compañeros nos contaban que de noche se ponían a llorar... entonces la organización de los desocupados inicialmente no tuvo ninguna respuesta del Municipio ni fue una organización de masas de la noche a la mañana... al principio fue más bien todo un trabajo de contención, charlas, de autopsicoanalizarnos... y estudiar el porqué de las cosas... [lo cual] llevó a que muchos compañeros que por ahí no tenían una experiencia sindical anterior empezaran a tener una experiencia de organizador social. Porque la comprensión política es fundamental⁵⁹.

⁵⁹ Entrevista con dirigente del PO, Municipio de Berazategui, Buenos Aires, marzo de 2006.

En los albores del movimiento, empero, y en la medida en que las fuerzas propias se mostraban insuficientes para forzar un diálogo con las autoridades estatales, fue imperativo coordinar acciones de movilización con otras agrupaciones ubicadas en barrios y municipios remotos. A estos efectos, las redes de activistas de las que participaban los dirigentes piqueteros resultaron cruciales. Forjadas al calor de una historia común de militancia vinculada al campo de la izquierda, esos vínculos les proveyeron los contactos y la confianza mutua indispensables para emprender la operación. Al respecto, el análisis de redes realizado indica que los niveles de *densidad* exhibidos por aquellos lazos previos era sorprendente: la cúpula de una agrupación piquetera promedio estaba integrada por activistas que, con anterioridad a las organizaciones de desocupados, habían interactuado con dirigentes o personal de apoyo de, al menos, la mitad de las agrupaciones restantes⁶⁰. Estos vínculos constituyeron, a la postre, la plataforma a partir de la cual se habrían de gestar las primeras acciones coordinadas. En efecto, el conocimiento previo de otros ámbitos, principalmente sindicales o políticos, fue señalado por los dirigentes como la principal causa detrás de sus primeros acercamientos con otras agrupaciones. Una falla notable de muchos estudios, volcados a subrayar el endémico fraccionalismo de la izquierda argentina y su efecto negativo sobre el devenir del movimiento piquetero, radicó en haber soslayado el papel fundamental que esos vínculos de camaradería representaron en la gestación del nuevo sujeto político.

Por último, nuestro relevamiento parece confirmar, en términos de su procedencia, que los activistas pueden ser caracterizados como agentes externos: mientras casi la totalidad de los dirigentes entrevistados habían tenido alguna participación anterior en partidos o movimientos políticos⁶¹, sólo un tercio acreditaba alguna experiencia previa en materia de militancia territorial. Dentro de este último subconjunto, además, la mayoría había iniciado su actividad de militancia en otras arenas, como ser la política o sindical, en donde habían acumulado el grueso de su experiencia. En su estudio, Dennis Merklen ha destacado la existencia de una suerte de continuidad entre las organizaciones piqueteras y las tomas de tierras ocurridas en el conurbano bonaerense durante los años ochenta⁶². Los datos de nuestra muestra parecen sugerir, en cambio, la débil y reciente historia de militancia territorial, la cual rara vez se había constituido en el ámbito primario de iniciación, capacitación y formación de lealtades de sus dirigentes más encumbrados.

⁶⁰ El relevamiento se realizó a partir de 14 organizaciones, interrogando a cada uno de los referentes 'iniciadores'. Los vínculos que nos interesaban registrar eran tanto los directos como indirectos. La cifra resultante arroja un nivel de densidad de 0,516. Para un tratamiento en profundidad, ver Schipani 2006.

⁶¹ De los 22 dirigentes entrevistados, 19 exhibían esta condición.

⁶² Merklen 2005. El autor, uno de los primeros en investigar las tomas de tierras en el GBA, llega a la conclusión referida a partir de la constatación de que dos importantes organizaciones, la FTV y la CCC, se inician en las tomas de tierras de La Matanza durante los años ochenta. Sin embargo, creemos que el autor omite dos cuestiones que resultan centrales a la hora de relativizar dichas continuidades. En primer lugar, el relevamiento realizado entre 13 agrupaciones indica que la proporción de desocupados agrupados en esas organizaciones es menor al 50%, con lo que el universo piquetero dista de agotarse en ellas. En segundo lugar, creemos que se ha sobredimensionado la ligazón de la CCC con los asentamientos del GBA. Y es que aun cuando sus inicios están vinculados al asentamiento de María Elena en La Matanza, lo cierto es que su expansión tanto hacia otros barrios del distrito como hacia otros municipios, estuvo signada por la construcción *en el desierto* a partir de militantes políticos del PCR y sus estructuras sindicales (Entrevistas con referentes de la CCC en La Matanza y Avellaneda).

III. B. 3. *De partidos, sindicatos y piqueteros: el rol de las estructuras de apoyo*

Aun cuando los activistas exhibían formidables cualidades personales para la empresa, la suerte de sus esfuerzos dependió, en última instancia, de su afiliación a estructuras políticas o sindicales en condiciones de aportar asistencia técnica, recursos y disciplina a las embrionarias agrupaciones⁶³. Para comenzar, la asistencia legal fue de primera importancia: tres cuartas partes de los dirigentes entrevistados afirman haber recurrido a alguna organización política o sindical para proveerse de aquella. En vistas de la situación de desprotección en la que los pobres urbanos se encuentran frente a las agencias policiales y judiciales, lo cual tornaba un corte de ruta en un barrio popular en una actividad de alto riesgo, esa asistencia profesional ofreció un indispensable amparo frente a los reiterados ensayos gubernamentales de criminalizar la protesta social. Asimismo, esas estructuras de apoyo contribuyeron con recursos materiales para la organización y expansión, como ser locales partidarios o sindicales para realizar reuniones, papel e imprentas para la difusión de la causa e, incluso, dinero para inaugurar secciones locales de la agrupación en otros distritos y provincias⁶⁴.

Con todo, el mayor aporte consistió en su contribución en materia de cuadros militantes. Prácticamente la totalidad de los entrevistados señala que puestos directivos de sus agrupaciones fueron cubiertos por militantes provenientes de sus organizaciones políticas o sindicales de pertenencia. Dicha contribución fue relevante en dos sentidos: por un lado, facilitó la expansión de las agrupaciones piqueteras hacia distritos claves en donde sus estructuras de apoyo tenían implantación. Por otro lado, la fuerte lealtad hacia sus 'organizaciones madre' hizo posible, encuadrando las diversas secciones locales en un plan de acción nacional, la superación de disputas interjurisdiccionales. No sorprende que mientras las agrupaciones piqueteras de mayor envergadura han estado asociadas a partidos y sindicatos de la izquierda de ciertas dimensiones⁶⁵, aquellas que carecieron de estructuras de apoyo importantes se desarrollaron en muy reducidos territorios y sometidas a un perenne faccionalismo interno⁶⁶.

IV. Partidos políticos y desocupados: entre la gravitación política y la movilización territorial

Hasta aquí hemos puesto el acento en el papel representado por los militantes políticos en la activación de la protesta, destacando las condiciones que facilitan su penetración en los barrios periféricos. Es el turno ahora de examinar los incentivos que conducen a los activistas, una vez que han logrado hacer pie entre los desocu-

⁶³ Por 'estructuras políticas' no nos referimos exclusivamente a aquellas de naturaleza partidaria, sino también a agrupaciones que reúnen a individuos con una cosmovisión política en común.

⁶⁴ De los 21 dirigentes entrevistados, 15 afirman haber utilizado imprentas y papel de sus estructuras de apoyo para la impresión de panfletos, 13 sostienen haber utilizado dinero de aquéllas para viáticos y 11 hicieron uso de locales partidarios o sindicales para reuniones.

⁶⁵ En efecto, la CCC se encuentra estrechamente vinculada al Partido Comunista Revolucionario y a la corriente sindical del mismo nombre. La FTV está ligada a la Central de los Trabajadores Argentinos (CTA) y el PO es el brazo piquetero del Partido Obrero. Ver Schipani 2006:106.

⁶⁶ Este es el caso de agrupaciones como el MTR, el MTD Aníbal Verón y el Frente Darío Santillán.

pados, a persistir –o por el contrario, abdicar– en sus estrategias de movilización a lo largo del tiempo. Para ello, debemos abandonar el espacio de los barrios periféricos para concentrarnos en su interacción con el sistema político.

Siguiendo a Gamson⁶⁷, afirmamos que la dinámica de movilización estuvo condicionada por la ubicación de los activistas en el sistema político: en los casos en que alcanzaron una posición de centralidad en el proceso de toma de decisiones públicas, tendieron a reemplazar la acción disruptiva por formas más institucionalizadas de acción política. Lo contrario ocurrió allí donde se mantuvieron en una situación periférica, sin contactos regulares con los que ocupaban el vértice del poder público.

Ahora bien, ¿qué es lo que influyó para que unos lograran una posición de mayor centralidad y otros quedaran relegados a la periferia? Nuestra hipótesis es que *en esa distinta ubicación fue determinante la naturaleza de las agrupaciones o campos políticos de referencia a los que se hallaban vinculados*. De esta forma, cuando los partidos del *mainstream* del sistema político tuvieron un rol protagónico en la movilización de los desocupados, la extensión de la actividad disruptiva encontró límites bien precisos: una vez que su propia gravitación política los devolvió a los centros del poder público, los partidos redirigieron la marea de la activación territorial hacia repertorios más institucionalizados de acción política. Distinto fue el escenario cuando el grueso de la empresa estuvo a cargo de *outsiders* políticos, en el sentido de agrupaciones o campos políticos marginales y ajenos al *mainstream* del sistema de partidos: incapaces de acceder a los centros del poder público a partir de su exiguo peso político, sin ligazones o afinidades programáticas con fracciones de los grandes partidos tradicionales en condiciones de garantizarles ese acceso en calidad de socios minoritarios, su integración en las instituciones públicas –y por extensión, la de los barrios periféricos bajo su comando– se tornó problemática. Veamos a continuación los casos que ilustran el contraste otra vez.

IV. A. Chile: los partidos tradicionales y la desmovilización de los barrios periféricos

En Chile el ingreso de los partidos políticos al universo de las poblaciones hacia fines de los años setenta obedeció a la oportuna convergencia de dos circunstancias. Por un lado, el cierre de los canales tradicionales de participación política, sumado a los amplios apoyos que el régimen militar descubría entre considerables sectores sociales de la mano del programa de reformas económicas, forzaba a las distintas fuerzas partidarias a imprimir un giro radical a sus estrategias si es que aspiraban a continuar gravitando en la escena política chilena. Por el otro, la conformación de un verdadero ejército de cesantes en los suburbios abrió a las élites partidarias nuevos espacios para explotar el descontento sordamente sembrado por el régimen al compás del acelerado proceso de desindustrialización.

Esta inflamable combinación de ostracismo partidario y malestar social desembocaría, con la aguda recesión económica del período 1981-1984, en una auténtica explosión de la actividad de movilización que sería conocida como las 'Protestas Nacionales'. La crisis del modelo económico, pilar fundamental de la legitimidad del gobierno militar, forzó al régimen a abrir el juego político a través de la legalización *de*

⁶⁷ Gamson 1990.

facto de la actividad partidaria. A ello se agregó el quiebre de las lealtades que las clases medias y los grupos empresariales habían exhibido hasta entonces con el régimen militar, fuertemente afectados por el derrumbe de la economía. La actividad opositora encontró así una audiencia mayor que los círculos militantes en los que hasta ese momento había estado confinada. En estas circunstancias, la calma del espacio público fue quebrada por multitudes de trabajadores, cesantes y sectores medios que tomaron por asalto las calles del país. Con este telón de fondo, los partidos alineados tras los liderazgos opuestos de la Democracia Cristiana (DC) y el Partido Comunista (PC)⁶⁸ se valían del nuevo escenario para reclamar el fin de las políticas económicas en curso y el retorno inmediato a la legalidad democrática.

Ahora bien, en razón de que las protestas tuvieron su epicentro en los barrios periféricos, es preciso atender al impacto de esta ofensiva partidaria en la movilización territorial. Dos elementos revisten aquí especial interés: en primer lugar, aun cuando la DC y otras agrupaciones lograron cierta implantación en las poblaciones, el PC contó, hasta mediados de la década del 80, con las estructuras de movilización de mayor alcance. De esta forma, la actuación de sus militantes territoriales se convertía en un factor determinante del caudal de protesta allí registrado. En segundo lugar, las lealtades de referencia de aquellos activistas, representadas aquí por el Comité Central del partido, se encontraban en la periferia absoluta del sistema político: a resultas del carácter antimarxista del régimen militar, la inclusión del PC en los centros del poder público no era una estrategia factible. Ante la imposibilidad de una vía negociada, pues, el Partido Comunista poseía incentivos suficientes para desplegar una intensa actividad de movilización. A ello se abocaron con presteza sus militantes territoriales, quienes convirtieron las poblaciones en el motor de la actividad opositora que agitó al país durante el interregno 1983-1986⁶⁹.

Hacia el año 1986, empero, la llama de la protesta popular se había extinguido en los barrios periféricos. Detrás de este acontecimiento se encontraba la notable pérdida de influjo que el PC había experimentado entre los cesantes: trasladando militantes y recursos territoriales hacia sus frentes sindicales y armados⁷⁰, sometido a la represión que esta progresiva militarización desató sobre el partido y orientando la movilización de los cesantes al servicio de otros frentes de lucha⁷¹, el partido se embarcaba en una serie de opciones tácticas que socavaron sus apoyos en las poblaciones. Al promediar el segundo lustro de la década del 80, la hegemonía

⁶⁸ La oposición radical al régimen estaba encarnada por el Movimiento Democrático Popular (MDP), el cual agrupaba al Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), al Movimiento de Acción Popular Unitaria (MAPU) y a la facción Almeyda del Partido Socialista, y era liderado por el Partido Comunista. En la oposición moderada de la Alianza Democrática, comandada por la Democracia Cristiana, convergían la facción Núñez del socialismo y el Partido Radical, entre otros.

⁶⁹ Para un análisis en detalle del rol de las poblaciones comunistas en las protestas, ver Schneider 1995.

⁷⁰ La decisión del PC de apuntalar su brazo armado, el Frente Patriótico Manuel Rodríguez (FPMR), respondía a la disipación de las esperanzas que había albergado en torno al derrocamiento del régimen mediante una revuelta popular.

⁷¹ En particular debe destacarse el excesivo descuido con que el PC equilibró los objetivos reivindicativos y políticos durante las Protestas Nacionales, lo que lo llevó a desmontar importantes estructuras en poblaciones donde, hasta entonces, dicho equilibrio se había constituido en su principal fortaleza. Ver Schneider 1995. En rigor, creemos que dichas opciones no deben entenderse como errores tácticos, sino más bien como decisiones vinculadas a la inscripción del PC en múltiples arenas. Para un argumento en este sentido, ver Schipani 2006.

territorial del PC habrá de quedar eclipsada por la ascendente estrella de la transición democrática: la Democracia Cristiana⁷².

Protagonista central de las Protestas Nacionales, su actividad de movilización obedecía, empero, a una lógica bien distinta. Atendiendo a las oportunidades intermitentes de interlocución abiertas por el régimen a la oposición moderada, la DC se había debatido entre la protesta abierta y el recurso a canales informales de diálogo con el gobierno. A raíz del proceso de transición democrática inaugurado en 1987, este ambiguo posicionamiento sería sucedido por el traslado de la DC hacia una ubicación de indudable centralidad dentro del proceso de toma de decisiones. Mediante negociaciones a puertas cerradas con el régimen, la cúpula partidaria tenía ahora una injerencia directa en las decisiones referentes al proceso de transición⁷³. Este acceso a los centros del poder público era indisociable del perfil organizativo de la Democracia Cristiana: dotada de una gravitación política que dificultaba su exclusión del proceso de transición, exhibiendo lazos y afinidades programáticas entre su fracción moderada –ahora dominante– y sectores 'blandos' de la derecha pinochetista⁷⁴, reunía las condiciones necesarias para emprender la operación que habría de rescatarlo de la periferia política.

A la postre, estos acuerdos de cúpula se plasmaron en un abrupto descenso de la movilización territorial. Como se desprende de un importante relevamiento realizado durante esta etapa⁷⁵, ello se explica por la afiliación mayoritaria de los dirigentes poblacionales a la Democracia Cristiana o partidos afines. Al tiempo que sus dirigencias partidarias negociaban los términos de la transición, los activistas territoriales de la DC y su principal aliado en el nivel poblacional, el ahora unificado Partido Socialista, abandonaron el recurso a la protesta y se abocaron, sin más, a la actividad de propaganda electoral de cara al plebiscito de 1988 y las subsiguientes elecciones de 1989⁷⁶. La desmovilización de las bases se tornaba imperativa para conservar las posiciones obtenidas en las rondas de negociaciones que, postramente, definirían las reglas del futuro juego político⁷⁷. Este proceso de desmovilización habrá de profundizarse con el arribo de la Concertación a la presidencia en 1990, a través de la integración de las estructuras territoriales partidarias al Estado.

Indudablemente el proceso de transición ofrecía a los pobres urbanos, en el marco de cierto relajamiento de los controles represivos y de un partido de gobierno urgido por ampliar sus apoyos sociales, una coyuntura única para avanzar sus acuciantes reclamos laborales, alimentarios y habitacionales. Aun cuando el Partido Comunista, en su reincidente opción por la movilización disruptiva, logró algunas conquistas para sus bases durante este período⁷⁸, sus estructuras poblacionales

⁷² Hipscher 1994.

⁷³ En rigor, la parte más sustancial de los acuerdos de la transición se negociará a partir de la victoria de la oposición en el plebiscito de 1988, que señaló el fin del régimen de Pinochet.

⁷⁴ Garretón 1991.

⁷⁵ Para más información acerca de la metodología empleada en el estudio, ver Hipscher 1994.

⁷⁶ Hipscher 1994: 261-262.

⁷⁷ Garretón 1991.

⁷⁸ A modo de ejemplo, en los meses anteriores a las elecciones de 1989, el PC utilizó la coyuntura para realizar una toma de terrenos, a cambio de la cual recibió del gobierno militar 1.000 planes de asistencia habitacional. La Concertación, por su parte, rechazó enérgicamente la acción y repudió el empleo de tácticas disruptivas. Ver Hipscher 1994:265

carecían entonces de la envergadura necesaria para dilatar el estrecho espacio otorgado a los sectores populares en el proceso de transición. La Democracia Cristiana era ahora quien controlaba, en virtud de sus apoyos sociales, la marea de la protesta territorial. Mas en su afán de conservar las posiciones conquistadas, procuró contenerla dentro de los diques de las instituciones existentes.

IV. B. La Argentina: la marginalidad política como motor de la protesta

A diferencia de lo ocurrido en Chile, en la Argentina el grueso de los activistas abocados a organizar a los desocupados provenía de sectores marginales de la vida política. Una amplia mayoría abrevaba en el campo de la izquierda revolucionaria, universo históricamente intrascendente en el sistema de partidos⁷⁹. Paralelamente, una porción minoritaria pero gravitante de las agrupaciones exhibía liderazgos adscriptos a un peronismo de izquierda cercano a la tradición populista⁸⁰, campo que, hasta bien avanzado el proceso de reformas, no encontró expresión en las corrientes de los principales partidos políticos⁸¹. A la postre, este carácter marginal de sus tradiciones políticas terminó por extender las protestas en el tiempo.

En efecto, es un hecho llamativo la regularidad con que las organizaciones de desocupados apelaron a la acción disruptiva como estrategia política. Desde la década del noventa, cuando comienza la organización de los cesantes, hasta la asunción de Néstor Kirchner en 2003, la totalidad de las agrupaciones recurrió de forma continuada a la protesta⁸²; los gobiernos a los que se confronta, empero, obedecen a distintos signos partidarios y orientaciones políticas. ¿Cómo explicar, pues, dicha continuidad en un lapso en el que desfilaron por el vértice del poder público las principales organizaciones y corrientes del *mainstream* partidario?

Este accionar se originaba, argumentaremos, en la importancia asignada por los activistas a la consecución de sus fines político-programáticos. Por un lado, esa consideración limitaba el éxito de las estrategias gubernamentales orientadas, primordialmente, a sofocar su espíritu disruptivo a través de la distribución de beneficios reivindicativos⁸³. Muy por el contrario, era su inclusión en los centros de toma de decisiones públicas donde se dirimían las cuestiones políticas de su incumbencia, la condición *sine qua non* para alcanzar un cese conclusivo de las hostilidades.

⁷⁹ Nuestra investigación indica que los cuerpos dirigentes de 10 de las 13 agrupaciones relevadas revestían esta situación.

⁸⁰ Este es el caso de la FTV y Barrios de Pie. Existen otras dos agrupaciones con esta filiación que no han sido relevadas en razón de que su protagonismo es tardío y ligado a su temprana relación con el estado.

⁸¹ Recordemos que, a partir de los años noventa, el Partido Justicialista se encontró dividido entre un ala de centro derecha liderada por Carlos Menem y el ala políticamente conservadora comandada por Eduardo Duhalde. Este escenario cambió con el arribo de Néstor Kirchner a la presidencia, cuyo impacto analizaremos en breve.

⁸² En rigor, la FTV y la CCC disminuyeron su nivel de movilización a partir de la participación que el gobierno de Eduardo Duhalde (2002-2003) otorgó a dichas agrupaciones en la distribución de planes de emergencia ocupacional. Sin embargo, las organizaciones y sus referentes continuaron participando en diversas protestas en oposición al gobierno, y utilizaron los planes sociales concedidos como un instrumento al servicio del fortalecimiento de su poder de movilización.

⁸³ Resulta notable en este sentido que el gobierno de Eduardo Duhalde, aquel que mayor cantidad de planes sociales distribuyó entre las agrupaciones piqueteras, asistiría impávido al ciclo de movilizaciones de desocupados más intenso jamás enfrentado por otra administración.

Sin embargo, esa inclusión se tornó problemática en virtud de la brecha imperante entre las lealtades políticas de los activistas, cultivadas en los márgenes más absolutos del sistema político, y la naturaleza de las élites partidarias que se sucedieron en el poder. En efecto, un breve recorrido por los distintos gobiernos de turno⁸⁴ pone en evidencia que aquellas élites se encontraban a varios polos de distancia, dentro del espectro ideológico, de las agrupaciones y campos políticos a los que adscribían, en última instancia, los activistas territoriales que controlaban el caudal de la protesta. A la postre, esto conllevó su permanencia en la periferia del sistema político: incapacitados de acceder a los centros de toma de decisiones públicas en los que aspiraban a gravitar, continuaron recurriendo a la acción disruptiva como principal estrategia en el avance de sus consignas.

Ciertamente, el escenario político se vio alterado con las elecciones presidenciales de 2003. Por un lado, catapultaron al poder a una fracción minoritaria del peronismo encabezada por el presidente Kirchner, cuya gestión marcó un quiebre con las principales corrientes hasta entonces hegemónicas en el partido. Una vez en el gobierno, el primer mandatario levantó algunas de las banderas históricamente enarboladas por las organizaciones piqueteras de raigambre populista. De esta forma, el arribo al gobierno de personalidades concebidas como pertenecientes a un mismo campo político puso en marcha negociaciones que culminaron con la inclusión de diversos dirigentes piqueteros en prominentes posiciones gubernamentales y legislativas⁸⁵. En consecuencia, los dirigentes sustituyeron las prácticas de ruptura abierta en el llano por una institucionalización de sus estructuras territoriales, las cuales pasaban a encuadrarse dentro del aparato de distribución de asistencia social y movilización electoral de la coalición gobernante. El resultado de la integración de esta fracción del universo piquetero fue una mayor moderación del conflicto social en los barrios periféricos.

Es preciso destacar, no obstante, que esta opción no estuvo disponible para el grueso de las organizaciones de desocupados, las cuales se hallaban vinculadas a un campo político, el de la izquierda revolucionaria, que mal podía integrarse en las esferas de poder controladas ahora por el peronismo. Estas agrupaciones reunían, además, a una porción mayoritaria de los cesantes organizados: de acuerdo con el relevamiento realizado, alrededor del sesenta por ciento de los trabajadores desocupados enrolados en las filas piqueteras pertenecía a estructuras de movilización de aquella tendencia⁸⁶.

⁸⁴ Aquí nos referimos al gobierno de Carlos Menem (1989-1999), quien instrumentó un ortodoxo programa de reformas de mercado; la coalición de radicales y frepasistas que gobernó la Argentina entre 1999 y 2001, la cual se mantuvo apegada a dicho programa económico; y el gobierno de Eduardo Duhalde (2002-2003) quien, encabezando la facción opositora a Menem dentro del Partido Justicialista e impulsor de una política económica más heterodoxa, representaba, sin embargo, a los sectores políticamente más conservadores del peronismo.

⁸⁵ A modo de ejemplo, mientras la FTV obtuvo la Subsecretaría de Tierras para el Hábitat Social, puestos gerenciales en medios de comunicación públicos y diputados provinciales por la lista del Frente para la Victoria, entre otros cargos; militantes de Barrios de Pie obtuvieron la Subsecretaría de Organización y Capacitación Popular del Ministerio de Desarrollo Social y alcanzaron posiciones significativas en dependencias del Ministerio de Justicia, Relaciones Exteriores y Educación. Ver "Cincuenta Piqueteros cambiaron la calle por los sillones de poder", *La Nación*, 11 de junio de 2006.

⁸⁶ Para precisiones metodológicas acerca del relevamiento, ver notas 1 y 53.

¿Qué similitudes y diferencias exhibe este desenlace con el proceso político acontecido en Chile hacia el final del período estudiado, el cual coincide en ambos países con una etapa de acelerado crecimiento económico? ¿Cómo encuadrar la incorporación de una fracción de las organizaciones de desocupados al Estado dentro del esquema teórico presentado? A semejanza de Chile, el acceso al vértice del poder político de personalidades pertenecientes a un mismo campo de referencia político conduce a algunas agrupaciones a abandonar las tácticas disruptivas, lo que contribuye a disminuir el nivel total de la movilización territorial. No sorprende, además, que las agrupaciones integradas hayan sido las de condición menos marginal dentro del sistema político. Sin pertenecer orgánicamente a ningún partido del *mainstream*, compartían con corrientes internas del peronismo visiones político-ideológicas, lazos entre activistas y, con frecuencia, una historia común de militancia⁸⁷; de allí su disponibilidad para integrarse en las instituciones públicas.

Sin embargo, ambos países se distinguen en una dimensión fundamental: el grado de control ejercido por las corrientes del *mainstream* partidario sobre las estructuras de movilización territorial; a la postre, este contraste explicará el distinto grado de continuidad exhibido por la protesta territorial. Al iniciarse la transición democrática en Chile, una porción mayoritaria de las organizaciones poblacionales se encontraba en manos de la coalición de partidos encabezada por la Democracia Cristiana. En calidad de partido del *mainstream*, la DC tuvo a su alcance la oportunidad de intercambiar la desmovilización de los barrios periféricos por un acceso privilegiado a los centros del poder público. En la Argentina, por contraste, para el grueso de las organizaciones esa operación política se encontró bloqueada, y sólo fue accesible para una minoría de agrupaciones de difusos lazos y afinidades con el peronismo. De esta forma, una fracción mayoritaria de los desocupados permaneció bajo la tutela de liderazgos que, en virtud de su adscripción a tradiciones y partidos vinculados a los extramuros del sistema político, exhibieron una situación periférica de difícil reversión.

V. Conclusiones

Hasta aquí hemos presentado una serie de hipótesis. En primer lugar, subrayamos la función central ejercida por los activistas políticos en la movilización de los desocupados. A propósito de ello, afirmamos que tanto los incentivos detentados por este tipo de liderazgo, que les permitieron sortear los riesgos de la desarticulación y atomización organizacional, como los recursos que aquellos trajeron al territorio en la forma de conocimientos organizacionales, inserción en redes de activistas y estructuras de apoyo, resultaron activos imprescindibles a la hora de plasmar el descontento de los desocupados en un ejercicio de movilización a gran escala. A continuación, nos preguntamos acerca de los escenarios que facilitaron la inserción de este tipo de liderazgos en los barrios periféricos: al respecto, destacamos que mientras en Chile la presencia de un vigoroso entramado de organizaciones vecinales autónomas dificultó sus tareas de reclutamiento, el caso argentino es indicativo de las ventajas que un escenario de *desertificación organizativa* puede comportar

⁸⁷ Un número importante había militado en corrientes de izquierda del peronismo en las décadas pasadas.

para la penetración de los activistas políticos en el territorio. La medida en que lograron insertarse en los barrios periféricos determinó, argumentamos, la frecuencia alcanzada por su actividad de protesta. En tercer lugar, intentamos dar cuenta de sus estrategias de movilización a partir de la trama de actores sociopolíticos en la que interactúan. A propósito de ello, sostuvimos que la ubicación periférica de sus lealtades de referencia política tendió a impulsar, como lo ilustra el caso argentino, una estrategia de movilización permanente. Por contraste, la transición democrática chilena subraya el papel clave que tuvieron estos liderazgos en la desmovilización de los sectores populares, una vez que sus organizaciones políticas consiguieron un acceso privilegiado al Estado. En última instancia, afirmamos que esta posibilidad de canalizar la protesta hacia formas más institucionalizadas de acción política se encontró condicionada por el tipo de agrupación política que dominó la organización de los desocupados. Así, mientras la intervención de los partidos del *mainstream* facilitó esa operación, allí donde el grueso de la tarea fue afrontada por *outsiders* políticos su posterior integración al sistema institucional se tornó problemática.

En el marco de la extensa bibliografía sobre movimientos sociales, que coincide en subrayar el rol catalítico de las redes sociales preexistentes en el surgimiento de la protesta, este trabajo destaca, empero, que el efecto de esas redes no es uniforme. Mientras en la Argentina antiguos vínculos de militancia facilitaron la coordinación interdistrital entre dirigentes, el caso chileno ilustra los obstáculos que las redes comunitarias preexistentes pueden colocar, en virtud de su excesivo localismo y vocación autonómica, para el despliegue de acciones de protesta a gran escala. Si algunos autores han señalado ya las limitaciones inherentes a ciertas formas de organización vecinalistas⁸⁸, rara vez se ha advertido el efecto contraproducente que éstas pueden tener, en términos de competencia interorganizacional, frente a ensayos más integrales por movilizar a los sectores populares. De esta forma, es preciso contar con estudios más pormenorizados que den cuenta de los *tipos de redes sociales* que permiten proyectar a las clases subalternas en el espacio público y cuáles, por el contrario, las sumergen en la inmovilidad.

En segundo término, esta investigación se ha propuesto contribuir al estudio del agente externo y la acción colectiva. Inscriptos en la corriente de estudios que destaca la importancia de los recursos organizacionales en los movimientos de protesta, diversos autores mencionan el papel representado por los agentes externos en las tareas de movilización social. Sin embargo, un problema común a estos trabajos es la escasa atención a los mecanismos causales que vinculan a estos actores con la emergencia y evolución de la acción colectiva⁸⁹. A los efectos de cubrir este vacío, hemos realizado dos contribuciones a este campo de estudios. En primer lugar, señalamos las diferencias entre los agentes externos involucrados en los procesos de organización popular como un elemento clave para entender la emergencia de la protesta. En general, los estudios mencionados han tendido a ignorar la diversidad que caracteriza al espectro de los agentes externos. Así, terminan por abordarlo como un universo homogéneo cuyo impacto en los niveles de movilización social estaría dado por la presencia o ausencia de estos actores. A contramano de esta

⁸⁸ Foweraker 1995, Assies, Burgwald y Salman 1990, Oxhorn 1998.

⁸⁹ Una argumentación al respecto puede encontrarse en Assies, Burgwald y Salman 1990.

visión, hemos subrayado que dichas diferencias son relevantes y signan la suerte de la movilización social entre los pobres urbanos.

Por añadidura, hemos destacado contribuciones de los agentes externos a menudo soslayadas por la bibliografía especializada. Usualmente se señala la preexistencia de redes sociales entre los sujetos afectados como una condición necesaria para la emergencia de procesos de 'liberación cognitiva'. En contextos signados por la atomización social, empero, hemos revelado cómo estos procesos pueden ser activados por militantes políticos experimentados. Destacamos asimismo su papel en la movilización social bajo escenarios políticos hostiles⁹⁰. Al respecto, argumentamos que la intervención de estos liderazgos es clave para la construcción de una 'capacidad organizacional instalada' que, una vez inaugurada una coyuntura política favorable, se convierte en la plataforma desde donde se lanzan las acciones de protesta. En resumen, futuras investigaciones sobre acciones de protesta en contextos adversos podrán estudiar el rol de estos agentes a partir de las sugerencias conceptuales aquí esbozadas.

Por último, esta investigación contribuye a expandir nuestro conocimiento acerca de las trayectorias de los movimientos sociales. Al respecto, la bibliografía afirma que allí donde los movimientos son integrados a las instituciones públicas, reemplazan su actividad de movilización por formas menos disruptivas de acción política. Lo que no explica, empero, es por qué algunos movimientos logran ser integrados en las instituciones públicas en primer término, mientras que otros continúan en la periferia del sistema político. Al respecto, avanzamos la hipótesis de que esta posibilidad de integración se encuentra determinada por el tipo de agrupación política –esto es, si son partidos del *mainstream* o agrupaciones marginales al juego político– que interviene en la organización de la protesta. De esta forma, reintroducimos los factores político-partidarios a un campo de estudios que, al menos en sus versiones más recientes, ha tendido a soslayarlos.

Este argumento interroga, además, a gran parte de la bibliografía, que ha adjudicado el alto nivel de disrupción territorial registrado en la Argentina a la ausencia de los gremios industriales en las tareas de organización y contención de los desocupados⁹¹. Atendiendo al contraste presentado por el caso chileno, empero, la ausencia que llama la atención es otra: la de los partidos políticos del *mainstream* en la organización de los cesantes. A nuestro juicio, este contraste puede ser explicado. A diferencia de Chile, en la Argentina la articulación de los sectores populares ha sido monopolizada por una sola organización partidaria, el Partido Justicialista; esto lo convertía en el candidato ideal para movilizar el descontento de los trabajadores desocupados. Sin embargo, la coyuntura reformista lo encontró ocupando el vértice del poder político; de allí su apuesta por profundizar una vinculación de tipo clientelista con los pobres urbanos, que le garantizara un grado considerable de paz social. Por su parte, esa empresa difícilmente podía ser encarada por los partidos del *mainstream* en la oposición, que carecían de toda penetración en los sectores populares. Contra

⁹⁰ Existen diversos estudios sobre los efectos que organizaciones o grupos sociales externos (sindicatos, clases medias, etc.) tienen sobre la EOP en la que actúan los movimientos (Jenkins y Perrow 1977, Oberschall 1973). Escasean, sin embargo, estudios acerca de la relación entre *liderazgos* externos y EOP.

⁹¹ Svampa y Pereyra 2003, Cerutti y Grimson 2005.

el telón de fondo de este espacio político disponible, pues, la movilización de los desocupados fue rápidamente monopolizada por agrupaciones marginales sin mayores recursos.

Ciertamente, el escenario nacional se ha modificado en los últimos años y ha enfrentado a las organizaciones de desocupados a nuevos desafíos. En lo relativo al contexto económico, las altas tasas de crecimiento que se registran desde 2002 han reducido considerablemente el universo de desempleados en condiciones de ser movilizados. De esta forma, el protagonismo de las agrupaciones piqueteras en el conflicto social se ha visto eclipsado por la creciente movilización de las organizaciones sindicales. En el terreno político, tras las elecciones de 2005, el presidente Kirchner optó por archivar sus proyectos de renovación del Partido Justicialista y adoptó una política de conciliación hacia los sectores más ortodoxos del partido. Este giro terminó por tensar las relaciones entre el gobierno y las organizaciones de desocupados aliadas, que se vieron excluidas de espacios institucionales en los que aspiraban a gravitar. Independientemente de su orientación política, pues, el conjunto de las organizaciones piqueteras se encuentra enfrentado a un mismo dilema: conservar su influencia en un escenario en donde se encuentran ausentes las condiciones sociales y políticas que hicieron posible su ascenso.

REFERENCIAS

- ANHEIER, Helmut (2003): "Movement Development and Organizational Networks: The Role of 'Single Members' in the German Nazi Party, 1925-1930", en Mario DIANI y Doug MCADAM (eds.): *Social Movements and Networks. Relational Approaches to Collective Action*, Oxford University Press, New York.
- ASSIES, Willem, BURGWALD, Gerrit, y SALMAN, Tom (1990): *Structures of Power, Movements of Resistance. An Introduction to the Theories of Urban Movements in Latin America*, CEDLA, Amsterdam.
- AUYERO, Javier (2001): *La política de los pobres. Las prácticas clientelistas del peronismo*, Manantial, Buenos Aires.
- BAÑO, Rodrigo (1984): *Lo social y lo político. Consideraciones acerca del movimiento popular urbano. Vol II: Jornadas con Dirigentes*; Documento de Trabajo Nº 208, FLACSO, Santiago de Chile.
- BAÑO, Rodrigo (1986): *Notas sobre organizaciones de desocupados*, FLACSO, Santiago de Chile.
- BARRERA, Manuel (1998): "Las Reformas Económicas neoliberales y las representaciones de los sectores populares en Chile", *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 60, Nº 3, 3-20.
- BROCKETT, Charles (2005): *Political Movements and Violence in Central America*, Cambridge University Press, New York.
- CAMPERO, Guillermo, (1987): *Entre la sobrevivencia y la acción política. Las organizaciones de pobladores en Santiago*, ILET, Santiago de Chile.
- CERRUTTI, Marcela, y GRIMSON, Alejandro (2005): "Buenos Aires, neoliberalismo y después. Cambios socioeconómicos y respuestas populares", en Alejandro PORTES, Bryan R. ROBERTS y Alejandro GRIMSON (eds.): *Ciudades latinoamericanas. Un análisis comparativo en el umbral del nuevo siglo*, Prometeo, Buenos Aires.
- DAVENPORT, Christian, JOHNSTON, Hank, y MÜLLER, Carol (2005): *Repression and Mobilization*, University of Minnesota Press, Minneapolis.
- DELAMATA, Gabriela (2004): *Los Barrios Desbordados. Las organizaciones de desocupados del Gran Buenos Aires*, Libros del Rojas, Buenos Aires.
- DELAMATA, Gabriela (2005): "Construyendo pluralismo territorial. Las organizaciones de desocupados del Gran Buenos Aires en la perspectiva de sus bases sociales", en Gabriela DELAMATA (ed.): *Ciudadanía y territorio. Las relaciones políticas de las nuevas identidades sociales*, Espacio, Buenos Aires.
- DELLA PORTA, Donatella (2002): "Comparative Politics and Social Movements", en Bert KLANDERMANS y Suzanne STAGGENBORD (eds.): *Methods of Social Movement Research*, University of Minnesota Press, Minneapolis.
- DIANI, Mario (2002): "Network Analysis", en Bert KLANDERMANS y Suzanne STAGGENBORD (eds.): *Methods of Social Movement Research*, University of Minnesota Press, Minneapolis.
- DIANI, Mario (2003): "Introduction: Social Movements, Contentious Actions, and Social Networks: 'From Metaphor to Substance?'" , en Mario DIANI, y Doug MCADAM (eds.): *Social Movements and Networks. Relational Approaches to Collective Action*, Oxford University Press, New York.
- DRAKE, Paul (1996): *Labor Movements and Dictatorships. The Southern Cone in Comparative Perspective*, The John Hopkins University Press, Baltimore.
- ESPIÑOZA, Vicente (1985): *Los pobladores en la política*, Documento de trabajo Nº 27, SUR, Santiago de Chile.
- ETCHEMENDY, Sebastián, (2004): "Repression, Exclusion, and Inclusion. Government-Union Relations and Patterns of Labor Reform in Liberalizing Economies", en *Comparative Politics*, vol. 36, Nº3, 273-90.
- FLOWERAKER, Joe (1995): *Theorizing Social Movements*, Pluto Press, Londres.
- FLOWERAKER, Joe, y LANDMAN, Tod (1997): *Citizenship Rights and Social Movements: A Comparative and Statistical Analysis*, Oxford University Press, New York.
- GARAY, Candelaria (2007): "Social Policy and Collective Action: Unemployed Workers, Community Associations and Protest in Argentina", en *Politics and Society*, vol. 35, Nº 2, 301-38.
- GAMSON, William (1990): *The Strategy of Social Protest*, Wadsworth, Belmont.
- GARRETÓN, Manuel Antonio (1989): "Popular Mobilization and the Military Regime in Chile: The Complexities of the Invisible Transition", en S. ECKSTEIN (ed.): *Power and Popular Protest: Latin American Social Movements*, University of California Press, Berkeley.
- GARRETÓN, Manuel Antonio (1991): "The Political Opposition and the Party System under the Military Regime", en Paul DRAKE, e Ivan JAKSIC (eds.): *The Struggle for Democracy in Chile: 1982-1990*, University of Nebraska Press, Lincoln.
- GRAHAM, Carol (1994): "From Emergency Employment to Social Investment: Politics, adjustment, and Poverty in Chile", en Carol GRAHAM (ed.): *Safety Nets, Politics, and the Poor. Transitions to Market Economies*, The Brookings Institution, Washington D.C.
- HARDY, Clarisa (1986): *Hambre más dignidad = Ollas comunes*, PET, Santiago.
- HIPSCHER, Patricia (1998): "Democratic Transitions and Social Movement Outcomes. The Chilean Shantytown Dwellers' Movement in Comparative Perspective", en Marco GIUGNI, Doug MCADAM y Charles TILLY (eds.): *From Contention to Democracy*, Rowman and Littlefield, Maryland.

- HIPSCHER, Patricia (1994): "Political Processes and the Demobilization of the Shantytown Dwellers' Movement in Redemocratizing Chile", Ph.D Thesis, Cornell University.
- HUNNEUS, Carlos (2002): *El régimen de Pinochet*, Editorial Sudamericana, Santiago de Chile.
- JAVELINE, Debra (2003): "The Role of Blame in Collective Action: Evidence from Russia", en *American Political Science Review*, vol. 97, Nº 1, 107-21.
- JENKINS, Joseph y Perrow, Charles (1977): "Insurgency of the Powerless: Farm Worker Movements (1946-1972)", en *American Sociological Review*, vol. 42, Nº 2, 249-68.
- LEDRUT, Raymond (1966), *Sociologie du Chomage*, Presses Universitaires de France, Paris.
- LEVITSKY, Steven (2003), *Transforming Labor-Based Parties in Latin America. Argentine Peronism in Comparative Perspective*, Cambridge University Press, New York.
- LODOLA, Germán (2005): "Protesta popular y redes clientelares en la Argentina: El reparto del Plan Trabajar (1996-2001)", en *Desarrollo Económico*, vol. 44, Nº 176, 515-36.
- MCADAM, Doug (1982): *Political Process and the Development of Black Insurgency: 1930-1970*, University of Chicago Press, Chicago.
- MCADAM, Doug (1983): "Tactical Innovation and the Pace of Insurgency", en *American Sociological Review*, vol. 48, Nº 6, 735-54.
- MCADAM, Doug (1995): "'Initiator' and 'Spinoff' Movements: Diffusion Processes in Protest Cycles", en M. TRAUGOTT (ed.): *Repertoires and Cycles of Collective Action*, Duke University Press, Durham.
- MCADAM, Doug (1999): "The Biographical Impact of Activism", en Marco GIUGNI, Doug MCADAM y Charles TILLY (eds.): *How Social Movements Matter*, University of Minnesota Press, Minneapolis.
- MCCARTHY, John, y ZALD, Mayer (1977): "Resource Mobilization and Social Movements: a Partial Theory", en *American Journal of Sociology*, vol. 82, Nº 6, 1212-1241.
- MERKLEN, Denis (1997): "Organización comunitaria y práctica política. Las ocupaciones de tierras en el conurbano de Buenos Aires", *Nueva Sociedad*, Nº 149, 162-177.
- MERKLEN, Denis (2005): *Pobres ciudadanos. Las clases populares en la era democrática (Argentina, 1983-2003)*, Gorla, Buenos Aires.
- MORALES, Eduardo, y ROJAS, Sergio (1986): "Relocalización socio-espacial de la pobreza. Política estatal y presión popular, 1979-1985", en Jorge CHATEAU (ed.): *Espacio y poder: los pobladores*, FLACSO, Santiago de Chile.
- OBERSCHALL, Anthony (1973): *Social Conflict and Social Movements*, Prentice-Hall, Englewood Cliffs.
- OXHORN, Philip (1995): *Organizing Civil Society. The Popular Sectors and the Struggle for Democracy in Chile*, The Pennsylvania State University Press, University Park.
- OXHORN, Philip (2004): "La paradoja del gobierno autoritario: organización de los sectores populares en los ochenta y promesas de inclusión", en *Política*, Nº 43, 57-83, Santiago de Chile.
- PIVEN, Frances Fox, y CLOWARD, Richard A. (1979): *Poor People's Movements: Why They Succeed, How They Fail*, Vintage, New York.
- POZO, Hernán (1986): *Partidos políticos y organizaciones poblacionales I: una relación problemática*, FLACSO, Santiago de Chile.
- QUIRÓS, Julieta (2006): *Cruzando la Sarmiento: una etnografía sobre piqueteros en la trama social del sur del Gran Buenos Aires*, Antropofagia, Buenos Aires.
- RACZYNSKI, Dagmar, y ROMAGUERA, Pilar (1995): "Chile: Poverty, Adjustment, and Social Policies in the 1980s", en Nora LUSTIG (ed.): *Poverty and Inequality in Latin America*, The Brookings Institution, Washington, D.C.
- RAZETO, Luis (1983): *Las organizaciones económicas populares*, Academia de Humanismo Cristiano, Arzobispado de Santiago, Santiago de Chile.
- ROBERTS, Bryan, y PORTES, Alejandro (2005): "Enfrentando la ciudad del libre mercado. La acción colectiva urbana en América Latina, 1980-2000", en Alejandro PORTES, Bryan R. ROBERTS y Alejandro GRIMSON (eds.): *Ciudades latinoamericanas. Un análisis comparativo en el umbral del nuevo siglo*, Prometeo, Buenos Aires.
- RUIZ-TAGLE, Jaime, y URMENETA, Roberto (1984): *Los trabajadores del Programa de Empleo Mínimo*, PET, Santiago de Chile.
- SALOMÓN, Lester, y SOKOLOWSKI, Wojciech (2001): *Volunteering in Cross-National Perspective: Evidence from 24 countries*, Working Paper of the Johns Hopkins Comparative Nonprofit Sector Nº 40, The John Hopkins Center for Civil Society Studies.
- SARTORI, Giovanni (2005): *Partidos y sistemas de partidos*, Alianza, Madrid.
- SCHIPANI, Andrés R. (2006): "Movilizaciones de desocupados en Argentina y Chile durante las reformas de mercado: un estudio comparado acerca de las organizaciones piqueteras", Tesis de licenciatura, Universidad Torcuato Di Tella.
- SHARONE, Ofer (2007): "Constructing Unemployed Job Seekers as Professional Workers: The Depoliticizing Work-Game of Job Searching", en *Qualitative Sociology*, vol. 30, Nº 4, 403-416.
- SCHNEIDER, Cathy (1992): "Radical Opposition Parties and Squatters Movements in Pinochet's Chile", en Arturo ESCOBAR y Sonia ALVAREZ (eds.): *The Making of Social Movements in Latin America: Identity, Strategy and Democracy*, Westview Press, Boulder.
- SCHNEIDER, Cathy (1995): *Shantytown Protest in Pinochet's Chile*, Temple University Press, Philadelphia.

- SCOTT, John (2005): *Social Network Analysis. A Handbook*, SAGE, Londres
- SVAMPA, Maristella, y PEREYRA, Sebastián (2003): *Entre la ruta y el barrio. La experiencia de las organizaciones piqueteras*, Biblos, Buenos Aires
- TIRONI, Eugenio (1987): "Pobladores e integración social", en Eugenio TIRONI (ed.): *Marginalidad, movimientos sociales y democracia*, Revista Proposiciones N°14, Ediciones SUR, Santiago de Chile.
- TIRONI, Eugenio (1998): *El régimen autoritario: para una sociología de Pinochet*, Dolmen, Santiago de Chile.
- TORRE, Juan Carlos (1989): *Los sindicatos en el gobierno 1973/1976*, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires.
- VALDÉS, Teresa (1987): "El movimiento de pobladores, 1973-1985: la recomposición de las solidaridades sociales", en Jordi BORJA (ed.): *Descentralización del estado: movimiento social y gestión social*, FLACSO, Santiago de Chile.

RESUMEN

En el contexto de reformas de mercado y elevados índices de desocupación, la Argentina y Chile asistieron a importantes movilizaciones de desocupados. La suerte de estas protestas fue dispar: mientras en la Argentina las movilizaciones fueron frecuentes y más o menos continuas durante el periodo bajo estudio (1990-2005), en Chile (1974-1990) las protestas fueron menos numerosas y más limitada en el tiempo. Con este telón de fondo, el objetivo de este artículo es doble: por un lado, subrayar el rol catalítico que tuvieron los activistas políticos en la gestación de esas protestas. Así, destacaremos cómo sus incentivos y recursos organizacionales les permitieron sortear los obstáculos que usualmente inhiben la acción colectiva de los desocupados. Por otro lado, nos proponemos explicar las diferencias entre los casos nacionales a partir del distinto papel representa-

do por los activistas en la movilización de los desocupados. En efecto, su efectividad en la empresa fue dispar, y puede explicarse por dos factores: 1) el desarrollo previo de la autoorganización barrial (y así, la existencia o ausencia de liderazgos vecinales o comunitarios en condiciones de disputarles las lealtades de los desocupados), y 2) el lugar ocupado por sus lealtades políticas de referencia en el sistema político. En relación al primer elemento, sostendremos que el desarrollo previo de una trama de organizaciones comunitarias dificultó la inserción de los activistas políticos en el territorio, lo que limitó la frecuencia de las protestas. En segundo lugar, cuando sus agrupaciones o campos políticos de referencia fueron más marginales dentro del sistema político existente, tanto mayores fueron sus incentivos para impulsar la movilización en forma continuada.

SUMMARY

In the context of economic liberalization and high unemployment rates, Argentina and Chile witnessed large mobilizations of unemployed workers. However, these protests resulted in different outcomes: whereas in Argentina mobilizations were frequent and, in the main, continuous during the period under study (1990-2005), in Chile (1974-1990) protests were not as numerous and were more limited in time. Against this background, the object of this article is twofold: on one hand, to highlight the fundamental role played by political activists in the making of these protests. Here we will emphasize how their incentives and organizational resources allowed them to overcome the obstacles that generally inhibit collective action of the unemployed. On the other hand, we intend to explain the differences between the two countries through the

contrasting roles played by activists in the mobilization of the unemployed. In fact, effectiveness in their enterprise differed greatly, and this can be explained by two factors: 1) the previous development of local grassroot organization (and hence, the existence or absence of neighborhood or communal leaders who also aimed at the loyalties of the unemployed), and 2) the position held by their political allegiances in the political system. Regarding this first element, we will argue that the previous development of a network of neighborhood grassroot organizations made it more difficult for political activists to recruit followers, a fact that limited the frequency of the protests. As for the latter element, the more peripheral their political allegiances, the greater were their incentives to propel mobilizations in a continuous way.

REGISTRO BIBLIOGRAFICO

SCHIPANI, Andrés R.

"Organizando el descontento: movilizaciones de desocupados en la Argentina y Chile durante las reformas de mercado". *DESARROLLO ECONOMICO – REVISTA DE CIENCIAS SOCIALES* (Buenos Aires), vol. 48, N° 189, abril-junio 2008 (pp. 85-118).

Descriptores: <Movilizaciones de desocupados> <Reformas de mercado> <Protesta social> <Argentina 1990-2005> <Chile 1974-1990>.